



La Escalera
Lugar de lecturas

COMIENZA A LEER...

**MASSIMO
BONTEMPELLI**



Massimo Bontempelli
Gente en el tiempo

TRADUCCIÓN DE ANDRÉS BARBA

I

LA GRAN VIEJA

La Gran Vieja murió el domingo 26 de agosto de 1900, el último día de una semana en la que había hecho un sol atroz. En vano los hombres rogaron cantando a coro y tocando con fuerza el órgano: el cielo se había quedado inmóvil, morían los manantiales de la agrietada montaña y las flores de los jardines estaban tan secas como bajo las campanas de cristal de los ataúdes. El calor partía las piedras bajo el vientre de los lagartos y los hombres miraban anonadados a la mujer desde lejos. Y es que los ruiseñores caían muertos de las copas de las encinas, las cigarras chirriaban hasta de noche.

El día en que murió la Gran Vieja la luz que se proyectaba en el cielo se puso opaca al atardecer por el gran esfuerzo y, un instante después, púrpura, para luego volverse repentinamente negra al caer el sol: ésa fue la hora en que comenzó la muerte, bajo algunas pesadas estrellas.

La muerte de la Gran Vieja fue memorable.

Sucedió el domingo, como ya he dicho, o tal vez el lunes, ya que eso no se supo en su momento y sólo consta con certeza en los registros del más allá. El 26 de agosto por la mañana no se vio a la Gran Vieja en la misa de mediodía y su lugar quedó vacante, algo que no había sucedido nunca en los doce años desde que se había instalado en Colonna, es decir, más de seiscientas misas.

Vivía a las afueras del pueblo, en una villa llamada la Coronata. Poco antes del avemaría de Coronata se mandó llamar al médico del pueblo: la primera y última vez en doce años.

Acudió inmediatamente. Algunos curiosos salieron de la taberna y lo acompañaron, pero luego se quedaron en la puerta a la espera de noticias. Él subió por el sendero del jardín, le hicieron pasar con cuidado y le acompañaron al primer piso hasta la puerta de la habitación.

Era una estancia muy alargada: desde el umbral el doctor vio al fondo una cama grande e inmaculada; allí estaba acostada la Gran Vieja, medio incorporada gracias a los almohadones que tenía tras la espalda y la nuca, y en la cabeza un gran gorro blanco atado bajo la barbilla con una cinta azul.

Empezó a avanzar por la habitación para acercarse a ella, caminando con dificultad sobre aquel suelo demasiado brillante, pero a mitad de camino la voz de la Gran Vieja lo detuvo:

—No hay necesidad de que se acerque más.

—Pero, señora...—trató de replicar el médico.

—Deténgase. Sólo quería decirle que voy a morir. Sé qué enfermedad tengo, no hay nada que hacer, moriré esta tarde o esta noche.

El médico se sintió palidecer y a continuación se ruborizó mientras tartamudeaba:

—Mi modesto trabajo...

—No es necesario. He mandado llamarle porque cuando las personas mueren es costumbre que haya un médico presente. Siéntese por ahí.

La Gran Vieja señaló con la barbilla hacia un rincón oscuro de la habitación situado a espaldas del médico.

Él se quedó perplejo, pensó en despedirse y retirarse con dignidad, retrocedió unos pasos, luego se puso cada vez más colorado y se acabó sentando en silencio en el pequeño y remoto sofá que le había indicado la poderosa barbilla de la Gran Vieja.

Nada más sentarse, oyó el sonido de un timbre eléctrico y comprendió inmediatamente que lo había tocado ella, que guardaba el interruptor bajo las sábanas junto con el de la luz. Entró el notario y lo detuvo de la misma manera:

—Todos mis asuntos están en orden, no hay testamento, pero cuando muere una persona la norma es que haya un notario. Quédese ahí.

Y el notario también tuvo la tentación de marcharse, pero inclinando y moviendo la cabeza como quien busca un camino, acabó sentándose junto al médico.

Entonces se oyó un tintineo lejano procedente del exterior, luego se hizo el silencio y al poco volvió a oírse el tintineo acercarse. Realmente aquella maravillosa mujer había pensado en todo. Con el sacerdote que había venido a confesarla y a darle el viático tuvo un tono más amable, pero no fue menos severa. El sacerdote insinuó:

—Hermana, no estamos solos, y para la Santa Confesión...

—Padre, eso no importa, no tengo nada que confesar y la absolución se da por hecha. Ya me dará el viático al final, cuando le avise. Mientras tanto, que el monaguillo espere abajo, y usted tome asiento junto a esos dos.

Los dos se apartaron para que el sacerdote se sentara en el centro y el sofá quedó lleno.

—Muy bien. Ahora que entre la familia.

A la familia se le permitió recorrer toda la habitación hasta llegar al borde de la cama donde agonizaba la Gran Vieja. Había cuatro personas, dos adultos y dos niñas, a saber: el hijo de la moribunda con su esposa y sus dos hijas, las nietas, una de nueve años y otra de ocho.

—No llores, Vittoria—ordenó la Gran Vieja a su nuera—, y vosotras no abráis la boca, tontas—conminó a las nietas—. Y tú, Silvano, no te quedes ahí embobado—concluyó, dirigiéndose a su hijo, que no sabía adónde mirar.

Tras haber dispuesto así a los presentes, la Gran Vieja pronunció las últimas palabras de su vida:

—Como podéis ver, voy a morir en regla, así que no hay necesidad de hablar del asunto. No tiene nada de malo, todos vamos a morir y no hacerlo sería espantoso, además ya tengo setenta años. Mañana, cuando os pregunten de qué murió o cualquier otra cosa, decidles que yo ya lo sabía y basta, y que piensen en sí mismos y en sus familias, como yo he hecho siempre, porque nunca me ha interesado nada más que mi propia familia, eso es todo, Livio lleva muerto quién sabe ya cuántos años. Y tampoco va a nacer nadie más, eso ya lo sabíais, porque con los tiempos que corren, cuatro personas son multitud, sobre todo si son como vosotros, que nunca habéis servido para nada, y cuando yo muera seréis aún más inútiles, así que mejor que se acabe la familia, incluso esas dos de ahí, cuando sean mayores, mejor que no tengan ningún...

—¡¿Nosotras?!—exclamó Nora asustada al darse cuenta de que su abuela hablaba de ella, pero la mayor, para callarla, le dio tal empujón que casi la hace caer sobre la cama.

Las advertencias los dejaron a todos atónitos y petrificados. En mitad de aquello se escuchó la respiración del notario, que era asmático. La Gran Vieja dirigió una severa mirada a sus seres queridos y concluyó:

—Al fin y al cabo, ninguno de vosotros morirá viejo.

La habitación ya estaba a oscuras, excepto por la cabeza de la Gran Vieja con su gorrito y sus almohadas, iluminada por la lámpara de la mesilla de noche. La dura solemnidad de sus palabras había difundido a su alrededor un aura de estupefacción. Pasó un minuto de silencio total, tenso como un espasmo. Si hubiese durado un poco más la habitación habría explotado en pedazos, pero la Gran Vieja lo rompió pulsando de pronto el interruptor central de la luz. El

repentino resplandor sumió a los presentes en la confusión; la familia se apartó un paso de la cama, los tres hombres se pusieron en pie de un salto. La Gran Vieja se rio a carcajadas y ante aquella risa las almas de todos se sumieron en un gran pánico. Habrían sido capaces de saltar por la ventana, pero ella los salvó de nuevo reanudando de pronto su discurso. Habló con una voz nueva, pálida como el cristal:

—Todo obedece a una regla, en la vida y en la muerte. —La Gran Vieja alzó la vista y se produjo un largo silencio, luego bajó la mirada y se despidió de todos con un tono sombrío—: Marchaos.

Todos respiraron por fin. Silvano intentó sollozar un poco, Dirce y Nora retrocedieron con la mirada perdida y la espalda contra la pared, a la nuera la consumía la ansiedad de estar muy lejos de allí. El sacerdote se atrevió a dar un paso adelante.

—No, padre—dijo la Gran Vieja—, no se moleste. Demos por hecho el viático. Ahora quiero estar sola. Cerrad la puerta, no toquéis la luz, y que nadie entre aquí hasta las seis de la mañana. Dejadme tranquila. Venga, venga, adiós.

Ninguna de aquellas siete personas, grandes y pequeñas, podía recordar cómo había salido de allí. Se quedaron reunidas tras el umbral. Vittoria se apoyó en el hombro de su marido, pero no encontró ningún consuelo en ese contacto e inmediatamente volvió a erguirse, alejándose un paso de los demás. El médico se acercó lentamente a la puerta de la habitación y tanteó el pestillo. Durante unos instantes permanecieron con el oído tenso pero terminaron alejándose de puntillas, aunque en más de una ocasión se volvieron para mirar la luz que se filtraba por las comisuras del umbral.

Avanzaban como una comitiva cautelosa. Nadie guiaba el camino, pero todos se encontraron bajando las escaleras. No se toparon con ningún sirviente. Sin duda aquello se debía a alguna orden precisa dada en su momento por la Gran Vieja. Encontraron al monaguillo perdido abajo. El sacerdote, que se había olvidado de él, lo despidió de mala manera y él, asustado, se fue a reunir con los curiosos que habían seguido el Sacramento y estaban esperando tras la puerta, en la plaza que en la época se llamaba Sottomonte. Delimitaba por un lado con el muro de la Coronata (más allá de la puerta comenzaba inmediatamente la pendiente del jardín) y por el otro con las primeras casas de Colonna.

Mientras tanto, nuestra comitiva se detuvo un momento en el salón. Nadie dijo una palabra, todos se dirigieron hacia la vidriera y salieron al jardín. Como

la villa se alzaba sobre la ladera de la montaña, el jardín estaba disperso en pequeñas terrazas irregulares conectadas por caminos sinuosos que, en las cuestas, tenían algunos escalones tallados en la piedra. Los arbustos frutales y las copas de los árboles, que a la luz del día tan estériles lucían, parecían respirar de nuevo bañadas por la suave sombra de las estrellas, y entre el follaje más alto brotaba de vez en cuando el grito de la cigarra, convertida en ave nocturna.

—Las niñas tienen que acostarse—dijo Vittoria.

Pero la frase sonó extrañísima, como si hubiese sido pronunciada en un lenguaje inhumano e incomprendible, y se perdió sin eco entre las piedras. La comitiva había llegado a un estrecho claro rodeado de asientos de piedra, en un rincón del cual emergía un gran roble. Se detuvieron de una manera que parecía concertada. En uno de los asientos se sentaron el marido y la mujer, en el otro el médico, el cura y el notario. Las dos niñas ya habían corrido a sentarse en unas viejas hendiduras, bien conocidas por ellas, en la base del tronco del roble. De ese modo se dispusieron todos, sin decirse nada y sin saberlo, a pasar la noche a la luz de las estrellas; y los siete se colocaron del mismo lado, de cara a la oscura pared que por la noche se elevaba salpicada de largas manchas de moho hasta el primer piso, donde había una hilera de cinco ventanas negras. Tan pronto como se acomodaron, alzaron inmediatamente la vista hacia la tercera de aquellas ventanas, que era menos negra que las demás, pues allí todavía se filtraba una pequeña luz mortecina y terrible a través de las comisuras de los postigos entrecerrados.

Al cabo de unos minutos, el sacerdote preguntó al médico en voz baja:

—Básicamente, ¿de qué ha muerto?

El médico, pillado por sorpresa, pensó un instante y a continuación respondió:

—Tal vez no ha muerto todavía.

El primero insistió:

—¿Pero de qué?

—De una extraña enfermedad... contraída quién sabe hace cuánto...—respondió el médico, confundido.

A continuación el sacerdote se inclinó hacia el otro asiento y se dirigió a Silvano:

—¿Eres hijo único?

—No—respondió Silvano con dificultad—, hubo un hermano menor.

—Livio—intervino el notario—, ¿no la ha oído?

—Exactamente—prosiguió Silvano—. Huyó de niño, creo que a Alemania. Todas las búsquedas fueron en vano. Sin duda murió enseguida. Hace trece años.

—¿Y no hay más parientes?—preguntó entonces el notario.

—No, nuestra única pariente era una prima huérfana que se convirtió en mi esposa.

—Ésa soy yo—dijo Vittoria, en un tono tan afligido, que el sacerdote se sintió obligado a consolarla de alguna manera.

—Ánimo, señora.

La salida resultó tan lapidaria que durante un rato nadie se atrevió a decir nada más. Miraron hacia el roble y, a pesar de la poca luz, vieron que las niñas se habían dormido abrazadas, como dos nuevas raíces del viejo árbol. La corteza crepitaba de vez en cuando en la oscuridad.

De repente, un escalofrío recorrió el aire y Silvano exclamó:

—¡Dios mío!

Los cinco se pusieron en pie.

En la tercera ventana, la luz se había apagado de pronto.

Silvano, que había levantado los brazos al gritar, los dejó caer hacia atrás y dijo en un suspiro:

—Ya está: ha muerto.

—Son las once y cinco—advirtió el notario.

—¿De qué habláis?—interrumpió el médico con estrépito—. Es ella la que ha apagado la luz. Si la ha apagado, eso significa que está viva.

Se sentaron todos de nuevo y murmuraron:

—Es verdad.

Entonces se sintieron exhaustos. Un desierto negro se extendía frente a ellos. No había ya ninguna razón para que el tiempo pasara, para que aquella estúpida noche llegara a su fin. Cada una de aquellas cinco personas, tan distintas y ajenas, reunidas de golpe por un azar imprevisible, sintieron en su interior los mismos movimientos que las demás, tuvieron los mismos pensamientos o experimentaron la misma irritación, abatimiento y avidez. Buscaban afanosamente algo que hacer y no se les ocurría nada; decidían ponerse de pie y en ese preciso instante se arrepentían. El aire cuajado de estrellas se arremolinaba en rápidos torbellinos, brisas calientes que asfixiaban. Todas las plantas despedían su aroma con mayor intensidad en aquellas brisas,

el aroma acre de los pinos, el amargo de los evónimos, el rancio de las adelfas; ninguna de aquellas plantas podía verse en la espesura de la noche, vivían sólo en aquel aroma mezclado, que avanzaba compacto, como una gran putrefacción que llegara de los confines de la tierra para asaltar las desoladas materias de aquellos cinco náufragos desvalidos.

En un momento dado, la sucesión de pensamientos, que hasta ese punto había sido la misma en los cinco, se dividió en dos actitudes distintas: por un lado el pensamiento de los dos miembros de la familia, por otro el de los tres ajenos. Cada uno de estos últimos pensó en ese momento que podía volver a casa, que no había nada que le detuviera, que lo único que tenía que hacer era levantarse, despedirse con rapidez y bajar por el empinado sendero (que incluso entre las sombras se distinguía blanquecino gracias a los guijarros) para verse poco más tarde en el pueblo, en su propia casa, lejos de aquel disparate, y dormir. Los tres, exactamente en el mismo momento, se vieron sacudidos por el mismo anhelo, pero ninguno se atrevió a moverse, ni supo si se quedaba por curiosidad o por sumisión a una voluntad demasiado fuerte.

Por otro lado, el pensamiento del matrimonio, del hijo y de la nuera, se empezó a formar. Al principio dio vueltas a su alrededor con cautela, luego, al solidificarse, les encaró completamente formado en sus cerebros con estas palabras: «Quizá no esté muerta, quizás no sea cierto que se está muriendo».

Los dos se sintieron tan sorprendidos al pensar de esa manera que por un momento permanecieron inmóviles con un gran temor de que el otro se percatara de esa extraña idea. Pero el cerebro siguió sumergiéndose en la idea y preguntó: «¿Quién nos lo ha dicho? Ella, sólo ella; no es suficiente. ¿Cómo lo sabe? ¿Cómo podía saberlo? ¿Por qué lo creía? Tal vez sea una locura. Quizá sea una nueva forma de intimidación. No hay ninguna razón para que sea cierto, no lo es, no puede ser cierto».

De esta manera, Silvano y Vittoria pensaban juntos sin saberlo. Ambos se habían recuperado de la sorpresa de ese primer pensamiento y ahora se decían para sí: «Lo voy a decir, lo voy a decir en voz alta; seguramente estarán todos de acuerdo conmigo, se maravillarán de nuestra credulidad, no aceptarán tan a la ligera una sugerencia tan absurda, una broma tan lamentable».

Ambos se pusieron en pie de pronto y ante aquel movimiento los tres hombres del otro asiento, que habían estado dormitando cabizbajos, se levantaron de un salto y preguntaron:

—¿Qué ha pasado?

—Nada—respondió Vittoria de repente—, ¿por qué?

—Es verdad, no ha pasado nada—murmuró confuso Silvano.

Estaba más confuso que ella, porque en él, sólo en él esta vez, había brotado una pregunta más desnuda: «Si nada de esto es cierto, ¿me alegraré de ello, como corresponde? ¿Acaso he sentido hasta ahora realmente el dolor?».

No pudo continuar con sus tormentosas indagaciones porque a su alrededor se produjo una gran agitación en la que también él se vio inmediatamente envuelto, ya que los cinco, presos ahora de una aguda inquietud, comenzaron a caminar por el escueto espacio, yendo y viniendo, chocando y esquivándose, como animales en un establo. El médico miraba al cielo y el notario respiraba con dificultad; el cura, extendiendo un gran pañuelo, se secaba el abundante sudor que le corría por las sienes y Vittoria se retorcía los brazos como una *prima donna*. El más inseguro era Silvano, que sentía un deseo persistente de regresar a la cruel investigación cuyo hilo había perdido y no sabía cómo retomar.

Todo aquel ajetreo despertó a las dos niñas: abrieron los ojos sorprendidas y al principio no entendían dónde estaban. Nora prorrumpió en un gran sollozo y estuvo a punto de echarse a llorar en el suelo, pero Dirce la reprendió:

—Tonta, ¿no recuerdas que estamos durmiendo en el jardín porque la abuela ha muerto?

Así que se levantó y ayudó a la otra a desentumecerse y ponerse en pie.

La madre se unió a ellas y se recuperó un poco de aquella violenta inquietud:

—Andando, nos vamos todos a casa, a la cama—dijo.

—¡¿Por qué?!—exclamó Nora—. ¿Ya no está muerta la abuela?

Al oír esa palabra, el resto de la comitiva, que ya se había calmado un poco y estaba dispuesta a seguir a Vittoria, se estremeció. Se detuvieron todos, alzaron la vista juntos y miraron hacia la tercera ventana. La ventana estaba oscura, más oscura y silenciosa que el resto de la pared; parecía muy lejana, hecha de toda la oscuridad del Érebo.

Pero antes de continuar, se detuvieron de nuevo todos a la vez y en aquella pausa inmóvil, exclamó el notario:

—¡Oh!—y mirando al cielo extendió una mano.

—¡Oh, oh!—se hicieron eco todos al instante.

El cielo se había puesto negro y de él cayeron un par de gotas grandes, y enseguida otras, rápidas y abundantes.

—¡Adentro, adentro!—gritó el sacerdote.

Vittoria empujó a las niñas, que estaban encantadas de mojarse. Cuando estuvieron dentro, la lluvia empezó a golpear las ventanas con gran violencia. Silvano cerró también las persianas y encendió la luz.

Las niñas durmieron en el suelo (nadie habría tenido el valor de acompañarlas a subir esa escalera). Fue fácil acostarlas, porque volvieron a dormirse enseguida. La habitación de Vittoria estaba al lado de la de las niñas, la de Silvano, en cambio, como la Gran Vieja había decretado que la familia no creciera más, estaba en el primer piso, junto a la de su madre.

Pero esa noche ni Vittoria ni Silvano se retiraron. Al otro lado del vestíbulo había una vieja sala de estar y allí mismo, unos tirados en un sillón, otros despatarrados en un sofá, no tardaron en quedarse dormidos como una panda de refugiados al son de la lluvia que caía sobre las paredes y entre los árboles.

Siguió lloviendo con fuerza toda la noche, hasta que al amanecer las nubes que enturbiaban el cielo se diluyeron y la lluvia cesó en todas partes, dejando el cielo lleno de praderas azules y las ramas goteando sobre la hierba en medio de una alegría esplendorosa.

Fue a esa hora cuando unos agudos chillidos bajaron por el hueco de la escalera despertándolos de improviso. Las criadas de la Gran Vieja—dos mujeres que la habían servido durante muchos años—entraron en la habitación de su señora a las seis en punto, como se les había ordenado, y la encontraron muerta. Aunque estaba previsto en las órdenes del día anterior, siguieron chillando como es habitual, bajando a toda prisa las escaleras, pero se sorprendieron al ver salir del vestíbulo al señorito, a la señora y a los otros tres, despeinados y con los ojos hinchados.

En la mesita de noche había una hoja de papel con detalles de lo más preciso para el funeral, que tendría lugar el día siguiente, 28 de agosto, a primera hora de la mañana. En consecuencia, el médico declaró que había fallecido antes de la medianoche del día 26, es decir, el domingo, no el lunes, y ésa fue a partir de entonces la fecha oficial.

Ni siquiera muerta, después de que Silvano le cerrara los párpados, la Gran Vieja perdió su poder; es más, aquella vasta palidez de cera bajo su gorro añadía majestuosidad al terror que emanaba de su rostro.

La certeza de la muerte, con unos pocos detalles puntuales, llegó por fin al oído de los distintos grupos de curiosos que pedían noticias, primero detrás del médico, luego del notario y después del cura. Los tres grupos se unieron y

formaron pronto una gran multitud que permaneció durante mucho tiempo en el límite del pueblo, ladera abajo. El regreso del monaguillo desconcertado no había hecho más que avivar su curiosidad. La llegada de la noche no los había dispersado, la sorpresa de la lluvia los había hecho regresar, empapados hasta los huesos pero impávidos, a la posada del Gallo, que reabrió violentamente. Allí vieron llegar el alba y la aurora sin dejar de beber y recordar la figura y el esplendor de la Gran Vieja, a la que la mayoría apenas conocía de vista. Cuando se enteraron de la noticia, se dispersaron para contárselo a sus familias y al pueblo, todos muy achispados y contentos.

Fue extraño el gran interés que mostró Colonna por aquel acontecimiento, pues nunca se había preocupado demasiado por la Gran Vieja en vida. Habían sentido mucha curiosidad, aunque en vano, doce años antes, cuando ella había llegado de Génova—casi tenía sesenta años, tras la reciente pérdida de su hijo menor—para instalarse en Colonna con su primogénito de veintitrés años, al que trataba como a un niño. Había comprado la Coronata, que por entonces llevaba mucho tiempo vacía, y acondicionado sólo algunas habitaciones, dejando las demás cerradas y descuidadas. Supusieron que era rica y por eso al principio muchas de las esperanzas de las muchachas recayeron en Silvano, pero enseguida la Gran Vieja hizo venir a su jovencísima sobrina y la casó con su hijo sin esperar demasiado. En poco más de un año, nacieron las dos niñas, Dirce y Nora. Nadie visitaba la Coronata, muy pocas personas habían tenido ocasión de poner un pie allí.

Cosas poco interesantes, en las que ya nadie pensaba, pero ahora las mujeres las repetían en las puertas de las casas. En las calles florecían los corrillos y en los balcones las cabezas que se llamaban desde lejos, en todo el pueblo se respiraba un bullicio ligero y agradable. Los niños de la plaza jugaban a los funerales y la niña a la que habían elegido para hacer de Gran Vieja estaba encantada de blanquearse la cara con tiza y ponerse un sombrero de papel, y se tumbó luego con los ojos cerrados sobre la puerta de un viejo armario para que los más fuertes la llevaran a hombros, mientras el resto iba por detrás cantando con voces nasales. Al llegar la noche, muchos, en lugar de volver a casa, se dirigieron a la taberna, que en los pueblos se considera uno de los mayores placeres de la vida, y los maridos más afectuosos permitieron que sus esposas los acompañaran en esa alegría. En muchas casas se bailaba en el vestíbulo al son de una acordeón. Esa repentina celebración de los colonenses me sigue resultando inexplicable. Tal vez surgió en parte de la distensión que la lluvia

nocturna había provocado en los nervios exasperados por la larga sequía y la muerte de la Gran Vieja fue sólo una coincidencia. Aunque también es cierto que en todas las cosas del mundo, tanto humanas como naturales, no existen las casualidades del azar; hasta el último movimiento y acontecimiento, hasta el más pequeño suceso que ocurre en el cielo o sobre la Tierra—el vuelo de un insecto o la germinación de una flor no menos que una guerra o el estallido de una pasión en el corazón del hombre—, todo está conectado como los dispositivos de un aparato dotado de inteligencia humana. Sólo cuando muramos comprenderemos, con súbito asombro, el alcance y tal vez la gran sabiduría de tantos de nuestros actos que creíamos haber hecho por casualidad y suponíamos erráticos e infructuosos en la gran construcción de la vida del mundo.

A la mañana siguiente, cuando el funeral descendió de la Coronata y desembocó en la plaza Sottomonte, se encontró a toda Colonna esperando. Silvano y Vittoria, consternados, se aferraron a las personas que tenían por íntimas, aquellos tres que habían pasado a su lado esa noche extraordinaria. Por su parte, las dos niñas, caminaban imponentes y chispeantes con sus nuevísimos vestidos negros. Colonna iba tras ellos. El funeral parecía una procesión de consagración, un rito tradicional o tal vez una acción de gracias. A las nueve todo había terminado. La mayor parte de la multitud se dispersó, pero cuando estaban a mitad de la colina, de vuelta a casa, Silvano y su familia se dieron cuenta de que un buen número de colonenses todavía les seguía y había cruzado la verja. Cuando la familia llegó a la puerta de la casa, no menos de cuarenta personas se agolparon alrededor de Silvano para expresarle sus condolencias. Al principio se sintió intimidado, no sabía quiénes eran, pensó que desconocía las palabras adecuadas para ese tipo de circunstancias. Miró a su alrededor buscando a su mujer, que se estaba poniendo nerviosa, y también a sus amigos, que se retiraron y lo dejaron en primer plano, bajo el umbral, pero había tanta gente que cada uno echaba al anterior sin darle oportunidad de hablar, así que la ceremonia se redujo a una serie de apretones de manos, algunos afectuosos, otros violentos o persuasivos o profundos. Silvano nunca había imaginado que hubiera tantas manos en el mundo. Le reconfortó no tener que hablar, bastaba con sonreír resignadamente.

Cada una de aquellas personas, después de darle su apretón, se alejaba, y entonces empezó a preocuparle el parloteo de la gente, pues una nueva pregunta surgía con temor: «¿Qué hago ahora? ¿Qué se supone que hay que

hacer?». Por fin llegó el último apretón. Pero el último no se quedó satisfecho y quiso añadir unas palabras. Era un hombre ingenioso, vestido de domingo, y dijo con gran vehemencia:

—Anímese, señor, todo pasa, esto también pasará. Y alégrese, porque ahora es usted el amo y puede mandar.

Silvano alzó la mirada con asombro. El hombre ya se había dado la vuelta y se apresuraba a bajar la pendiente, pero Silvano quedó consternado ante aquellas palabras, que le habían golpeado en lo más profundo de su alma. Se quedó un momento mirando con asombro el vacío, luego se tapó la cara con las manos, completamente pálido, y bajo el mismo umbral se puso a sollozar desesperado.

SILVANO

A Silvano se le hizo muy largo el resto de la mañana, tan repleta de impresiones conmovedoras, cambios de ánimo, descubrimientos inesperados. Nunca había sabido que hubiera tantas cosas sobre las que fuera posible reflexionar, que el espíritu humano fuera tan rico. Ya no sólo veía un mundo nuevo, sino que se daba cuenta de que hasta entonces apenas había rozado lo poco que le rodeaba, que a pesar de tener la misma apariencia de siempre, estaba hecho de una sustancia inesperada, densa, extraña, y nacía en él un repentino deseo de atraparla. Hasta entonces había creído que la vida era algo pasivo y bastante tranquilo, pero esa mañana se dio cuenta de que hasta una hoja está viva gracias a un continuo esfuerzo de voluntad.

Todo el mundo que había conocido se encontraba en el interior de su casa: Vittoria, las niñas, las criadas, pero sobre todo, rodeándolo todo, en el fondo de todo, la poderosa vigilancia de su madre. Ahora la madre se había ido y le parecía incomprensible que, a pesar de que ya no estaba, siguieran existiendo aquellas paredes, el trasiego de Vittoria, las mujeres corriendo de una habitación a otra, y ese aire, el aire que entraba por las ventanas, el mismo de días pasados, de tantos años pasados, que ahora, sin embargo, entraba y se movía sobre las cosas sin haber ido primero a recibir las órdenes de la Gran Vieja. De modo que el aire, las paredes, las mujeres, eran capaces de sostenerse por sí mismas, eran algo en sí mismas, no era que sólo pudieran vivir porque ella les hacía sonar como un instrumento.

«¿Y qué hay de mí? ¿Acaso soy yo también algo por mí mismo?». El pensamiento lo estremeció y de inmediato reconoció en ese escalofrío el susto que le había recorrido (¿cuándo fue?, hacía una hora, no más de una hora) al escuchar las palabras del hombre vestido de domingo: «Ahora es usted el amo y puede mandar». ¿Mandar a quién? ¿Y qué? ¿Y por qué hacerlo? Mandar a los demás es una forma de estar solo. ¿Y por qué estar solo? Él no sentía esa necesidad. Cuando vivía la Gran Vieja, nadie estaba solo nunca: el mero pensamiento de su existencia disipaba en todos cualquier forma de soledad,

incluso si no estaba en casa, incluso por la noche, cuando dormía. Sólo ella, que mandaba a todos, estaba sola. Silvano deambulaba por la casa, a menudo alejado del movimiento cada vez más febril que recorría todas las habitaciones. El músico se había marchado, pero los instrumentos sonaban mucho más fuerte que antes: se escuchaba arrastrar, golpear, frotar. Desde lo alto llegaba un golpeteo de martillos sobre clavos, algunas puertas entreabiertas dejaban ver nubes de polvo. Las mujeres pasaban con los brazos cargados de cosas.

Vittoria estaba tomando posesión de la casa. Era una Vittoria a la que Silvano nunca había conocido. Gobernaba ahora con soltura, sin haber pensado nunca en ello. No había duda de que no había tenido ni la sombra de esos pensamientos que tanto le inquietaban a él. Ya no era, como hasta ayer, su compañera en la dulce sumisión. Ahora iba de un lado a otro, arreglando cosas, solucionando problemas. Estaba segura de sí misma, ordenaba todas esas cosas del mismo modo que las habría ordenado la Gran Vieja.

Vittoria se acercó a él y le dijo:

—He hecho abrir las dos habitaciones grandes del primer piso, las están limpiando. Conviene reunir todos tus libros, pondremos la biblioteca en la sala norte, ¿qué te parece? La otra es la más bonita—y luego añadió con una extraña displicencia mientras miraba hacia una de las paredes—tiene una ventana que da a la montaña, pondremos ahí nuestro cuarto—concluyó mirándose las manos.

Silvano estaba asombrado. Vittoria, sin mirarlo, lo sintió aturdido y aguardó un poco. Silvano murmuró:

—Vittoria, las últimas palabras de mamá...

No pudo decir más, pero se entendieron. Los dos tenían miedo el uno del otro. Ella fue la primera en recuperarse. Lo miró a la cara y zanjó la cuestión con firmeza:

—Hagamos como si no lo hubiera dicho—le dio la espalda y se alejó, si bien él tuvo tiempo de percibir un brillo despectivo en su mirada.

Bajó al jardín para distanciarse de aquel desagradable episodio, pero eso le hizo volver a ver la temible escena de dos días atrás: vio a su madre en su lecho de muerte ordenando el futuro. Volvió a escuchar, una por una, todas sus palabras hasta que llegó a esa frase en la que aún no había pensado, aquella profecía misteriosa: «Al fin y al cabo, ninguno de vosotros morirá viejo». Y se preguntó: «¿Cuántos años tengo?». No tenía costumbre de pensar en su propia edad, en la época en la que pasaban los días sin voluntad ni imaginación casi

nunca había tenido la oportunidad de hacerlo: «Tengo treinta y cinco años. Soy joven, sin duda. ¿Pero qué se considera viejo? ¿Qué significa no morir de viejo?».

Vio por primera vez, en un futuro, su propia muerte y le asaltó una nueva consternación. Recordó con admiración espantada la intrepidez de su madre ante la inminencia de la muerte y ese ejemplo agudizó el terror en su alma. Antes que frente a la muerte, su madre había sido intrépida frente a la vida y de un modo en que él nunca había podido serlo.

Entonces se dijo: «Para evitar la muerte, es necesario que me haga cargo de mi vida». Pero enseguida se rio amargamente: estas cosas se hacen sin tener que pensarlas antes. Después de tanto dar vueltas, se encontraba de nuevo en el punto de partida: una leve resignación. Miró a su alrededor, estaba frente a la ventana de aquella noche, los postigos abiertos de par en par, el sol brillaba sobre el cristal, toda la oscuridad del Érebo se había desvanecido.

Cansado como tras un prolongado esfuerzo, se sentó en la losa de piedra. Y he aquí que, en medio de un matorral de juncos que lo bordeaba, oyó un alegre crujido de tallos y un chirrido de hojas que lo hizo volverse. Los juncos se abrieron y de allí salieron Dirce y Nora, con la cara enrojecida y temblando de satisfacción. Cuando Silvano las vio se iluminó enseguida y ellas gritaron:

—¡Papi, papi!

Saltaron sobre su regazo una a cada lado. Le consolaba poder quedarse un rato con sus chicas, que ahora le habían rodeado el cuello cada una con un brazo y estaban jadeantes por la carrera.

—¿Sabes qué?—dijo Dirce—, hemos bajado a la fuente del culantrillo y se había secado, pero ya tiene agua otra vez.

—¡Vamos!—exclamó Nora con entusiasmo—, siempre jugamos allí al juego del precipicio.

—¿Qué juego es ése?

—Lo hemos inventado nosotras. En vez de bajar por el camino, vamos por ahí—señaló hacia un hueco que se abría entre dos adelfas—saltando de piedra en piedra, de piedra en piedra, hasta que te precipitas directamente en la fuente: por eso lo llamamos el juego del precipicio.

—Entonces la primera que llega—explicó Dirce—tiene derecho a tirarle agua a la otra.

Y ambas gritaron a coro:

—Sí, sí, papi, vamos, juega con nosotras, papi, juega con nosotras.

Él se había puesto en pie y las sostenía por la cintura, una a cada lado, cada una con un brazo.

—No, queridas—respondió—, id vosotras, yo no puedo.

—Venga, juega con nosotras—insistió Nora.

—No es cierto que no puedas—añadió Dirce—. Ahora tú también puedes jugar.

Santa inocencia. Silvano se sintió tocado en lo más hondo. Lentamente, las dejó en el suelo y murmuró:

—Es porque estoy cansado.

—Sólo sabes jugar con los libros—protestó Nora.

Se marcharon corriendo. Silvano escuchó el ruido de sus saltos, el golpear de las ramas y las piedras. Luego los ruidos se desvanecieron y quedó todo en silencio.

Hasta la naturaleza, que durante unos minutos había estado tan llena de vida, le parecía agotada. El aire que rodeaba a las plantas estaba como apagado.

Se consoló diciéndose: «Al menos no me han mirado como Vittoria».

Ya no se sentó, sino que se apoyó en el tronco del roble. Su meditación retomó una vez más al pensamiento de poco antes: «No puedo temer a la muerte, porque no hay en mí nada vivo».

Le avisó la campana del desayuno, como todos los días (¿también ayer?, no recordaba nada de lo sucedido ayer), igual que lo había hecho durante tantos años, como si no hubiese pasado nada.

Silvano sentía ahora impaciencia y temor ante la idea de volver a ver el rostro de Vittoria. Pensó que aquella mirada de desprecio con la que se había marchado un rato antes se le había grabado en el corazón como si fuera a estar impresa en su rostro para siempre.

Vittoria, por su parte, estaba animadísima. No dejó de hablar durante todo el desayuno de los cambios que había que hacer en la casa; era absolutamente necesario trasladar la habitación de las niñas al primer piso. Le pedía consejo y luego se ponía a exponer sus ideas y hacer planes, o hablaba de la educación de las niñas, a la que había que dar mayor vuelo, y discretamente también mencionó algunos viajes. De vez en cuando se contenía, como si una repentina restricción le hiciera sentir que ese excesivo entusiasmo era inapropiado, pero el ansia la hacía volver a caer. Jamás se le ocurrió mencionar a la difunta.

Silvano pensó: «Fíjate, ella tampoco había estado viva jamás, pero ha empezado ahora, de golpe; Vittoria ha nacido hoy, ha nacido esta mañana nada

más terminar el asunto, ha nacido a las nueve. Y ya es adulta. Tal vez yo podría haber nacido también esta mañana a las nueve, pero he dejado pasar la oportunidad, es demasiado tarde, hay que hacerlo sin saber. En vez de nacer, me he puesto a llorar». Con estos confusos pensamientos asolaba su alma.

Aquel importante día pasó, y al día siguiente, a primera hora de la tarde, le ocurrió algo banal e imprevisible. Le hablaron de la visita de dos señores del pueblo, dos nombres que no recordaba haber oído nunca (en doce años había conocido a unas cuatro personas en toda Colonna). Le pidió a Vittoria que estuviera presente en la visita. Vittoria estaba encantada, su lema desde hacía un día era «Ampliar el entorno». En uno de los visitantes reconocieron al hombre elegante que había hecho llorar a Silvano la mañana anterior. El hombre se presentó, era propietario de un viñedo, y presentó también a su acompañante, un joven bien vestido. Después de renovar las condolencias, el viñatero explicó el propósito de su visita: invitar al señor Silvano Medici a aceptar el cargo de presidente del Círculo de Colonna. Silvano se tambaleó, pero el otro explicó impertérrito: el Círculo recreativo y artístico debía ser perfectamente apolítico, pero en Colonna no había nadie que no fuera monárquico o socialista, por eso cualquier candidatura se convertía en una declaración política. De ahí que hubieran pensado al final en Silvano Medici, cuyas ideas nadie conocía, seguramente porque no existían y, por tanto, había sido la única persona que había concitado unanimidad. Nada de todo aquello halagaba mucho a Silvano, pero sí interesó bastante a Vittoria, que preguntó por cortesía:

—¿Y el Círculo de Colonna organiza bailes alguna vez?

—Por supuesto, y muy bonitos.

—Y serán aún más bonitos—intervino el elegante joven, que no había hablado hasta entonces—cuando los presida su nueva y agraciada presidenta.

Se incorporó un instante a la silla para hacer una reverencia. Realmente Vittoria nunca había sospechado que en Colonna pudieran ser tan galantes. Ella respondió con una gran sonrisa:

—Cuando hayamos terminado el luto, obviamente.

—Obviamente—repitió el viñatero, improvisando un gesto compungido.

Silvano quiso insistir en sus objeciones, pero Vittoria ya se había comprometido. Silvano hizo una pregunta fuera de lugar:

—¿Y cómo es que se han acordado de mí justo ahora?

El viñatero respondió con toda franqueza:

—¿Y a quién se le podría haber ocurrido antes?

El rostro de la Gran Vieja asomaba por todas partes.

Al día siguiente llegó una carta de agradecimiento y el anuncio de su elección por unanimidad. Eso fue todo. A partir de ahí esperó a que le invitaran a ver a su círculo, a tomar posesión del cargo, no sabía qué, a firmar, a hacer algo. Pero no pasó nada más. Silvano nunca supo del todo ni siquiera dónde quedaba la sede del Círculo de Colonna. Tres meses más tarde, es decir, hacia finales de noviembre, se enteró de que se había dado allí un banquete para la inauguración de la temporada (seguramente no le habían invitado a causa del luto, aún tan cercano) y durante el banquete se había producido una gran discusión política, los ánimos se habían caldeado con las ideas y los vinos, la disputa se había convertido en reyerta, se habían disparado los revólveres monárquicos y socialistas, y todo había acabado con tres o cuatro heridos graves. Debido a aquel episodio la autoridad de la provincia había ordenado el cierre del Círculo.

Silvano no volvió a ver al viñatero. El joven, en cambio, regresó cuatro o cinco veces a la Coronata en esos meses, y luego las visitas se hicieron más frecuentes. Era siempre educado, se llamaba Maurizio y se hizo amigo sobre todo de las niñas, lo cual fue importante en su educación.

Hasta ese momento a Dirce y a Nora les había dado clase la propia abuela y, bajo su dirección, también Vittoria; de ese modo la Gran Vieja había evitado que las niñas tuvieran ningún contacto con el exterior. Pero ahora Dirce tenía nueve años y Nora casi ocho: pronto irían a un internado. La idea de abandonar el jardín de la Coronata las sumía en la desesperación. Aquel jardín había sido su verdadera escuela, su mundo fértil, su razón para existir desde que habían dado sus primeros pasos. Cuánto habían investigado entre los arbustos y las viejas raíces, en las ramas de los árboles, en los recovecos de las laderas rocosas, en los huecos del matorral, entre esos parterres que parecían islas. El jardinero les había enseñado los nombres de las flores. Entre la pereza del jardinero y la indiferencia de la Gran Vieja, el jardín había acabado creciendo en total libertad, los caminos estaban llenos de matojos de hierba, los setos se desbordaban, las copas de los árboles estaban erizadas. Esa confusión había provocado que las exploraciones fueran más fructíferas. Les interesaba extraordinariamente la vida de las orugas y de los gusanos que sacaban de la tierra con las manos. Se quedaban petrificadas en un largo éxtasis frente a una mariposa que se posaba sobre un estambre o una libélula cristalina que

revoloteaba y se miraba en el agua. Pero, sobre todo, se emocionaban con el sonido del viento, el estruendo dorado de los abejorros, el zumbido de las moscas hambrientas, el crepituar de las cortezas, el estallido de los brotes, el enjambre de las larvas en las junturas de las ramas, el lenguaje prodigioso que hacía que aquel pedazo del mundo estuviera repleto de historias vivas.

Después, cuando llegaron las clases, el jardín dejó de ser el centro de la vida para las niñas y se convirtió en su recreo. Y a medida que crecieron, su interés se fue modificando. En el momento en que las hemos conocido ya se había extinguido su gusto por la aventura y los descubrimientos. Las islas y los bosques, explorados ya a fondo, se habían vuelto tan conocidos para ellas como un hogar. Arrancaban tranquilamente las hojas y se las prendían en los vestidos. Nora cortaba gusanos en dos con una piedra para ver cómo se retorcían los cuerpos y Dirce los evitaba con asco, y le daban miedo los abejorros, las polillas y cualquier cosa que volara. Habían dividido todas las partes del jardín: ese pino pertenecía a Dirce y esa haya a Nora. Una no podía subir al árbol de la otra sin llamarla y pedirle permiso: de modo que los dos troncos se habían convertido en sus casas e iban de la una a la otra intercambiando visitas, como habían oído que hacían las señoritas en la ciudad. También el jardín se convirtió en un patio de recreo, como en el juego del precipicio.

Pero ni antes ni después los padres ni la abuela se habían interesado por la intensa relación que existía entre las niñas y el jardín. El primero en participar fue Maurizio, de ahí la repentina amistad.

Sucedió una de las primeras veces que volvió a la Coronata. Al subir por el jardín se las encontró jugando y quiso que le explicaran el juego (que consistía en perseguirse mutuamente, con la norma de que la perseguidora no podía pasar delante de ciertos árboles, ni la perseguida delante de otros). Le hicieron visitar todos los viejos encantos del jardín. Después de una hora regresaron los tres a la casa muy animados y sus padres se sorprendieron mucho al verlos tan encariñados. Más tarde, Maurizio les enseñó a jugar también dentro de casa. En la casa Dirce y Nora estaban como muertas porque la austereidad del interior, que no había cambiado, no favorecía el juego. En los días de lluvia las horas se hacían eternas. Uno de los primeros días del invierno, Maurizio les llevó una baraja de cartas (nunca habían visto ninguna en aquella casa) y les enseñó algunos juegos sencillos, como la solterona o el solitario. Para Dirce y Nora fue como la revelación de un nuevo mundo, igual que cuando

descubrieron los tres reinos de la naturaleza en su infancia. Nora se quedó fascinada con aquellos misteriosos personajes: reyes coronados con grandes capas de armiño, caballos con enormes lomos y bridadas de oro, leales caballeros con penachos al viento; sólo el de espadas tenía bigote, lo que era un gran enigma, como lo de que el caballo de oros cabalgara hacia atrás, y aunque parecía lógico que el rey de bastos tuviera la cara más malvada, ¿por qué el de copas parece el más tonto? En otra ocasión, Maurizio llevó una baraja francesa en la que las caras eran más impresionantes pero no se sabía si estaban bocarriba o bocabajo. Los reyes y las sotas tenían peinados redondeados y barbas con un rizo en la punta.

—Aparte, no se entiende por qué han puesto reinas en vez de caballos— comentó Dirce desconcertada—, un caballo y una reina son dos cosas muy diferentes.

Los símbolos de los palos eran muy misteriosos, sobre todo los corazones de la baraja francesa y las espadas de la española. Nora fantaseó mucho tiempo esa noche, en la oscuridad, antes de dormirse, mezclando todos los personajes en torbellinos de aventuras: la reina de corazones huía en el caballo de copas y los soldados de ocho pies la perseguían en medio de una gran polvareda que pronto lo cubría todo, hasta que se abría y Nora veía siete espadas que atravesaban siete corazones. A Nora le fascinaba aquel mundo, pero no disfrutaba mucho de los juegos que le enseñaba Maurizio. Dirce, sin embargo, se aficionó y no tardó en aprender algunos menos infantiles, como la brisca y la escoba, lo que revelaba una memoria ágil y una gran astucia.

Mientras tanto, en torno a la gran mesa oblonga del salón, Vittoria se miraba las manos y preguntaba de vez en cuando a Maurizio, que había viajado por Italia, todo tipo de detalles sobre Roma y Venecia. Silvano creó diligentes fichas para todos los libros de la biblioteca. En su cándida bibliofilia (fomentada por la Gran Vieja desde sus primeros años) se evadía ahora por completo de los atribulados pensamientos que lo habían atormentado durante algún tiempo tras la muerte de su madre.

Silvano creía que era el único en Colonna que tenía una biblioteca hasta que un día Maurizio lo llevó a conocer al abad Clementi.

La casa del abad Clementi era un antiguo palacio con fachada de terracota, en una plaza solitaria. En su interior se encontraba el polvoriento templo del erudito aficionado. Las escaleras y pasillos estaban atestados de capiteles, trozos de viejas estatuas, restos de incomprensibles lápidas, todo catalogado. Lo

mismo ocurría con el ejército de libros, panfletos, calendarios, colecciones de periódicos acumulados durante varias décadas de fervor maníático. Las paredes de todas las salas estaban inundadas de grabados, mapas de continentes y archipiélagos, vistas panorámicas de ciudades ilustres, genealogías, escudos. El abad estaba impaciente por morir para poder donar a la ciudad de Colonna la casa y sus colecciones. Allí quedarían inmóviles y para la eternidad, bajo el nombre de Museo Cívico Clementi. Ya había mandado grabar un mármol que se colocaría bajo el arco rojo de la puerta principal. También llevaba un diario de los mínimos acontecimientos de Colonna. Desde hacía más de veinte años escribía todas las noches unos párrafos en grandes folios. A veces comentaba los acontecimientos en el margen en tinta roja, con citas del Antiguo Testamento, la *Suma* de santo Tomás o los cabalistas del Renacimiento.

Como es lógico, el abad Clementi había consignado en su diario, unos diez años antes, la llegada de la familia Medici, y también había relatado recientemente la muerte de la Gran Vieja tal y como se la habían descrito los tres testigos que ya conocemos. Recibió a Silvano con honores en su estudio, una inmensa habitación con las paredes cubiertas hasta el techo de estanterías. En una de ellas, junto a una gran ventana, había un nicho con una mesa de trabajo y una butaca, pero mientras hablaba no se quedó sentado en la butaca, sino que caminaba con una lenta inquietud. Era alto y delgado, sus ojos azules miraban a lo lejos y a veces, si sus manos tocaban el borde decrepito de un libro, saltaban chispas. Acompañó a Silvano y le mostró las paredes para que inspeccionara cuidadosamente aquellas maravillas. Cuando el abad le mostró una serie de topografías antiguas de ciudades de todo el mundo, desde Roma hasta Coimbra, Silvano le dijo que tenía dos, impresas a finales del siglo XVII, de Constantinopla y Malta. Una codicia sin límites iluminó el rostro del padre Clementi. Al día siguiente, Silvano le llevó los dos mapas como regalo, así como el de Antioquía, y a cambio el abad le ofreció los dos primeros años de *La Civiltà Cattolica* que tenía por duplicado y abarcaban de 1850 a 1851, ahora extremadamente raros e imposibles de encontrar: cuarenta y dos fascículos rosas blanqueados por el tiempo. Silvano se los llevó a casa con gran entusiasmo y estuvo toda una tarde moviendo otros volúmenes para encontrar un lugar apropiado para los nuevos. Una vez colocados los fascículos, pensó que sería una buena idea hacerlos encuadrinar, pero en Colonna no había encuadradores. Maurizio propuso que un día fueran todos juntos a la capital

de la provincia. Alquilaron un carro: en el interior iba el matrimonio con Dirce y Maurizio, y Nora iba en el pescante, junto al cochero, porque disfrutaba viéndolo conducir. La ciudad estaba a menos de treinta kilómetros, un viaje de dos horas. Era por la mañana, el campo sonreía por todas partes, Vittoria contó cómo había llegado a Colonna hacía once años (pero en tren, desde el otro lado) convocada por la Gran Vieja, cuando aún era una pobre huérfana que iba a vivir con su tía, y cómo al cabo de un año la había entregado a Silvano.

—Me acuerdo, me acuerdo—aseguró Silvano, que llevaba *La Civiltà Cattolica* en su regazo.

Sin duda, el pasado de Maurizio era más interesante, pero evitaba contar detalles. Era hijo de un terrateniente de Colonna, había empezado la universidad en Pavía y llevaba una vida feliz, pero al morir su padre había vuelto al pueblo y de vez en cuando viajaba. Solía contar anécdotas sobre la ignorancia de sus compatriotas, lo que hacía reír a Vittoria. A derecha e izquierda pasaban los álamos en fila. También se veían a un lado llanuras verdes hasta donde alcanzaba la vista y al otro unas montañas turquesas, muy próximas. Ésa era la cordillera que se veía desde la ventana de la biblioteca. De vez en cuando pasaba una bicicleta por el arcén y Nora la saludaba desde arriba. Luego intentaba agarrar las riendas y el cochero tenía que hacer un esfuerzo constante para vigilarla.

La ciudad estaba llena de bueyes porque era día de mercado. Silvano le habló al encuadrador de los cuarenta y dos fascículos que debía reunir en siete volúmenes, y le hizo revisarlos uno a uno con todo detalle, luego se marchó con un suspiro. Desayunaron en la posada con los ganaderos y decidieron visitar la ciudad. En la guía, que habían llevado como buenos turistas, figuraba un cuadro de un artista importante en una iglesia del siglo XVII. La iglesia era un aburrimiento, fuera hacía un sol fantástico y allí adentro parecía llover; nuestros protagonistas estuvieron dos largos minutos frente al cuadro sin decir nada hasta que finalmente pensaron que era suficiente y salieron de nuevo al exterior. Vittoria y las niñas se sintieron muy decepcionadas de que no hubiera bonitos escaparates en la ciudad con muchas cosas que ver y comprar. Acabaron cansados y somnolientos, y cada uno de ellos pensaba con nostalgia en la Coronata y en la gran mesa del salón. En el camino de vuelta se quedaron dormidos. A los veinte días Silvano volvió a la ciudad solo en la diligencia para

recoger los libros. Ya no había tantos bueyes y regresó a casa esa misma tarde, impaciente por volver a colocar los volúmenes en su lugar.

Vittoria no estaba en casa. Él puso los volúmenes donde correspondía y luego llamó a las chicas, que estaban en el jardín, desde la ventana, pero ellas le contestaron que tenían mucho que hacer. Se dirigió entonces al palacio del abad Clementi para invitarlo a que visitara la biblioteca de la Coronata. Pero el abad, por norma, no iba a casa de nadie.

Al regresar solo y vacío a la Coronata, Silvano oyó que le llamaban. Cuando se dio la vuelta vio a Vittoria y Maurizio, que lo alcanzaron corriendo. Se explicaron: unos parientes de Maurizio, que poseían una villa en los alrededores, habían llegado para pasar la primavera y el joven había llevado allí a la señora para presentársela.

—Me parece muy bien—dijo Silvano.

Vittoria estaba animadísima, aquello le parecía el principio de la conquista del mundo. Mientras subían los tres caminando hacia la villa, le describió la casa, cómo iban vestidos los invitados y la conversación. En aquella familia había también una niña de la misma edad que las suyas y se había comentado mucho el tema de la escuela. Los tres—es decir, Maurizio y los esposos—estaban de acuerdo en que había que pensar más seriamente en la educación de Dirce y Nora. Tras la muerte de la Gran Vieja, las lecciones se habían vuelto cada vez menos frecuentes y quizás habían perdido el año por culpa de la inercia. Maurizio conocía un internado de monjas suizas (la gran moda de aquel entonces), no muy lejos de Colonna, al que acudían chicas de las mejores familias de la provincia. Sugirió que se colocara a las niñas allí como semi internas y se comprara un carro para llevarlas todas las mañanas y recogerlas por las tardes. En ese punto los tres habían llegado a la puerta de la Coronata y Silvano quiso que Maurizio se quedara un rato, pero él había prometido regresar con sus parientes y se despidió de mala gana.

Estos parientes eran unas tíos, primos y primas de diversas edades. En la comida, mientras Maurizio hablaba con una de las tíos sobre esa señora Vittoria, a ella le dio por llamarla «tu nuevo gran amor». Aunque Maurizio protestó, los primos, las primas y cuantos estaban presentes no le dejaron decir nada y mostraron la más firme convicción de que era el amante de la bella dama. Maurizio, que ni siquiera había pensado en el asunto desde que conociera al matrimonio un año atrás, salió de allí con la convicción de que era

necesario que hiciera algo; tal vez Vittoria estaba esperando y tenía el corazón afligido por su reserva. No pensó en Silvano.

Al día siguiente, cuando volvió a ver a Vittoria, se le hicieron muy extraños los pensamientos de la noche anterior, y durante varios días, cuando se quedaba solo, retomaba el tema, pero al encontrarse frente a ella no sabía qué decir. Por mi parte, creo que no le habría resultado difícil realizar al menos un trecho de ese viaje imaginado; estoy casi seguro de que el alma de ella estaba sedienta y muy dispuesta, y que cualquier gesto amoroso la habría llevado a tocar el cielo, pero tengo que admitir que su dilatado pasado, su sofocada juventud, su pálida vida, habían formado a su alrededor un aura desagradable. A los cinco minutos de estar con ella, Maurizio se ponía a mirar a su alrededor en busca de las chicas.

La impaciencia de Dirce y Nora fue en aumento desde que les anunciaron lo de la escuela. Se pasaron todo el verano comentándolo. Vittoria no volvió a ver a los parientes de Maurizio más que en dos o tres ocasiones. Hasta la esperanza de empezar a ampliar su mundo por ese lado se desvaneció en el silencio. El mes de septiembre estuvo lleno de acontecimientos importantes: las niñas se matricularon en la escuela suiza, se compró un carro para el que encontraron un cochero que fue a vivir a Coronata y se llamaba Petronio. Qué felicidad la de las niñas cuando fueron por primera vez a la escuela. El trayecto era muy corto; después de atravesar el pueblo, saliendo por la puerta sur, a los veinte minutos, se llegaba a una carretera secundaria y en otros cinco a la escuela, entre prados que se iban cubriendo con las hojas muertas de los plátanos, bajo un sol muy agradable. Una verja roja rodeaba otros prados, recortados por setos de mirto, y al fondo se encontraba el edificio, muy blanco y bajo, con una galería, flanqueado por dos terrazas por las que descendía la gente, que ya empezaba a pasar frío. A un lado, solitaria y al fondo, se veía la pequeña capilla hexagonal con su tejado rojo puntiagudo. Las monjas les dieron una amable bienvenida.

El programa establecido empezó a cumplirse puntualmente. Todas las mañanas a las siete y media, Dirce y Nora bajaban y encontraban frente a la puerta el pequeño carro azul con su caballito dorado, de patas y cola negras, y a Petronio con la gorra en la mano mirándolas subir. Dirce dejaba que la ayudara a montar al carro y Nora lo hacía sola, pero al cabo de dos días quiso ir en el pescante, como aquella vez en el coche de alquiler, y desde ese día su lugar fue siempre allí arriba, no le cedió su puesto a nadie. Dirce se

convirtió, por tanto, en la única dueña del asiento e iba acostada boca arriba, ocupándolo todo. Durante el viaje no veía más que nubes. A Nora le habría gustado aprender a conducir, pero Petronio, que era inflexible, no le permitía coger las riendas.

—Le enseñaré, señorita, cuando el señor me lo ordene.

Y ésa fue la primera vez que llamaron a Nora señorita.

—Para aprender a llevar una carroza—sentenció Petronio en otra ocasión— hay que tener al menos quince años, en el caso de una mujer.

—¿Y en el de un hombre?

Petronio lo pensó un momento y luego respondió:

—En el de un hombre, dieciocho.

La frase le alegró el día.

A las dos les asombraba un poco Petronio, tan preciso, de mentón cuadrado y ojos de metal.

La llegada de las chicas a la hora de almuerzo era una fiesta para Vittoria y Silvano, pero pasaba volando. Seguían sentándose por la noche en torno a la mesa del salón. (Creo que fueron las últimas palabras de la Gran Vieja las que crearon tantas normas, pero nadie se dio cuenta). Vittoria se preguntaba: «¿Cuál es ese mundo que no conozco? ¿Dónde está? ¿Cómo puedo llegar hasta él?». Silvano se preguntaba en qué año había muerto Aldo Manuzio. Maurizio trataba espaciar las visitas, pero no lo lograba. Cada día se iba volviendo un poco más pálido el aire de la Coronata. El invierno pasó para los tres, vacío, lento, hora tras hora, pero cuando se dieron cuenta de que había pasado les pareció que había sido cortísimo.

La primavera llegó con tres días de fuertes lluvias en toda la región. Durante ochenta horas pareció que se derretían la Coronata, el pueblo, la llanura hasta donde alcanzaba la vista, las montañas cercanas y el mundo entero desaparecía. Incluso durante el día el aire era sombrío. El diluvio había comenzado el lunes por la tarde y Vittoria se quedó muy pensativa, pero las niñas llegaron alegres, casi secas, bajo las mantas con las que las monjas las habían cubierto (ese día Nora no fue en el pescante). Dijeron que la primera parte del camino era como un río y que el caballito había estado a punto de resbalar varias veces pero Petronio había estado impasible. Las niñas tuvieron que quedarse en casa durante tres días. Vittoria se puso muy contenta. Intentaba entretenelas pidiéndoles que le contaran todo tipo de detalles sobre la escuela, las profesoras, sus amigas, la capilla del prado. Hasta les pidió que le enseñaran a

jugar a las cartas (Maurizio se había marchado a la Riviera la misma mañana del día de la inundación), pero no fue capaz, para disgusto de Dirce. Estaban todo el tiempo inmersos en el rugido interminable de la lluvia sobre el campo.

Al anochecer del jueves se dieron cuenta de que el ruido casi había desaparecido; miraron por las ventanas y vieron una pequeña estrella en un hueco de cielo negro. Al abrir las comprobaron que había tres o cuatro huecos con estrellas en la oscuridad, y que ya no se oía el agua goteando de los tejados y los árboles. El aire negro ya no era turbio, brillaba y era más cálido. A la mañana siguiente, la primavera había estallado en las calles relucientes. Nora volvió al pescante, pero Dirce no se tumbó en el asiento para contemplar el cielo, ella también quería observar el paisaje. Petronio ya no estaba tan impasible, al contrario, parecía inquieto y agitaba su látigo con extrañas sacudidas como las que hacía el caballito con la cabeza.

Y he aquí que, cuando faltaban unos cinco minutos para llegar a la escuela, vieron un perro que se arrastraba por el camino, un poco a la derecha, con el pelo embadurnado de barro y una llaga abierta y sangrante en la cadera. A pesar de su aspecto miserable pudieron ver que era un buen perro, sin duda se había perdido en los días de la inundación y ahora buscaba su hogar.

En aquel tramo el camino estaba bastante maltrecho y el carro iba lento. Dirce fue la primera en ver aquella forma que avanzaba a trompicones:

—Mira, Nora.

El perro, al oír el ruido de las ruedas, se detuvo y volvió el cuello y la cabeza con una mirada afligida y suplicante: «Dejadme subir».

—¡Detente, llevémoslo!—gritó Nora a Petronio.

Petronio viró un poco, no para evitar al perro, sino para rodearlo, pero cuando estuvo cerca y tanto el perro como las niñas pensaban que el carro iba a detenerse, de repente el carretero tiró de la brida para hacer saltar al caballo de modo que una rueda golpeó al perro tirándolo al suelo, y la otra le pasó por encima, tras lo cual volvió al centro del camino. Se escuchó un aullido del perro, el chillido de las chicas y un grito salvaje que salió del pecho de Petronio, pero de alegría, de voluptuosidad. Nora se asustó tanto que se agarró a Petronio y al instante, horrorizada, dio un respingo, se levantó y lo golpeó con sus puñitos en el brazo y en el cuello, mientras Dirce lo miraba atónita. Petronio detuvo el caballo y soltó una gélida y sonora carcajada alzando la cabeza y mostrando sus blanquísimos dientes, pero se interrumpió de pronto, ruborizándose, y luego se puso muy pálido. Nora, que había saltado al interior

de la carroza para abrazarse a Dirce, miraba a aquel hombre feroz, muda de espanto, pero él recobró enseguida la compostura, volvía a ser el de siempre, y le ordenó al caballo que siguiera. Sólo entonces Nora se calmó un poco. Dirce, que se había recuperado antes, al verla aún pálida, le dijo bajito:

—Pero si tú partes los gusanos del jardín en dos.

Nora la miró con intensa angustia y llevándose las manos al pecho se limitó a responder:

—Noo, noo...

Dirce se quedó pensando y finalmente dijo:

—Era un perro de caza, valía al menos trescientas liras.

Nora la miró sin comprender y así llegaron al internado. Las compañeras, que llevaban días sin verlas, las agasajaron mucho.

Al atardecer, cuando pasaron por el lugar donde había ocurrido la violenta escena, tanto Dirce como Nora observaron la carretera con emoción, pero no había ni rastro del perro. Un extraño pudor les impidió contar el episodio en casa y pronto se borró de sus memorias.

Maurizio escribió una carta desde Montecarlo que Silvano leyó en voz alta. Estaba plagada de lugares comunes: que si la fiebre del oro, que si el mar impasible ante las desgracias humanas... Hasta aseguraba haber visto una noche en el jardín del casino la silueta negra del consabido ahorcado en un árbol (estoy convencido de que no vio nada parecido). En cualquier caso, esa noche, al irse a la cama, en la mente de Vittoria se desató un torbellino de deliciosas imágenes con deseos imprecisos y vehementes. Por la mañana regañó a Nora a gritos por no haberse peinado bien, a Dirce por haberse manchado el vestido de café y luego, para compensar, las abrazó con locura. Menos breve fue la profunda ira que la invadió contra su marido. No se produjo una verdadera pelea, sino que fue un despiadado compendio de estados de ánimo. En un momento dado, las palabras de Vittoria se parecieron mucho a las de la Gran Vieja y entonces Silvano tomó por fin la palabra para disculparse y acusarse de todo. Cuando las cosas se calmaron un poco, Silvano le ofreció a su mujer llevarla a conocer Roma. Al oír aquella palabra Vittoria sintió una sacudida en toda su persona, el aire se iluminó a su alrededor y con un grito de alegría se lanzó al cuello de Silvano abrazándolo como había hecho con Nora y Dirce. Decidieron esperar a que regresara Maurizio, que podría hacer compañía a las chicas de vez en cuando cuando ellos partieran. Se marcharon en el esplendor del mes de mayo para ver los pinos, los acueductos, y al bajar le

pareció estar pisando una tierra de liberación. Mientras Silvano se ocupaba del equipaje, ella salió a la explanada de la estación, impetuosa, como se entra en una nueva vida. En Roma vio muchas iglesias, villas, monumentos, jardines, y advirtió que el aire es más limpio y la gente camina gloriosamente, pero no logró emocionarse, daba vueltas llena de expectativas, aunque cada vez sabía menos qué esperar, ya no entendía nada, cada día había algo que la corroía un poco más, así que a su regreso se sintió angustiada y derrotada, lejos de todo y de sí misma, envuelta en un infinito vacío vital y sin saber a qué aferrarse para no caer en esa nada sin fin, porque hacía falta mucho más y mucho menos que Roma para estar viva. Cuando volvieron a la Coronata, entregaron a las chicas los regalos que les habían traído. Nora preguntó si era cierto que el Tíber era de color dorado, como enseñaban en la escuela. Dirce preguntó cuánto se habían gastado en esos diez días de viaje. Maurizio había hecho buena compañía a sus pequeñas amigas. La vida siguió como siempre, pasó el verano y regresó el otoño.

El primer día de escuela a Dirce le dolía la cabeza. Nora fue sola y el camino le pareció muy largo. Al atardecer, cuando salió de la escuela, encontró el carro con el caballo atado por el bocado a la puerta. La portera le dijo que Petronio se había ido a una casa cercana y le había pedido que lo llamara cuando fuera la hora de partir, así que salió a buscarlo. Mientras Nora esperaba y acariciaba la cabeza del caballo, llegó una compañera nueva en la escuela y le dijo:

—¿De quién es ese carro?

—Es mío—respondió Nora con orgullo—, y también el caballo.

—¿Son tuyos? ¿Pero tú sabes llevar un carro con caballo?

Nora dudó un instante. Le pareció humillante responder que no sabía, de modo que se enfrentó a ella:

—Claro.

La otra la miró con una sonrisa incrédula. Al instante Nora se puso a desatar el caballo, subió al pescante y, temiendo que apareciera Petronio, se apresuró a tirar de las riendas. El caballito se movió, Nora lo hizo girar adecuadamente, y saludando a su compañera en voz alta—«Adiós, adiós»—giró perfectamente y desapareció. Estaba asustada y entusiasmada por su atrevimiento. Había observado muchas veces los movimientos de Petronio, tenía muy buen instinto, su caballo era dócil y recordaba el camino. En una borrachera de excitación Nora giró hacia el camino principal y luego volvió a girar. Hubo

algún carretero que se detuvo asombrado al ver aquel grácil ataque realizado con tanta destreza por una niña de diez años.

«Diez», pensaba Nora conduciendo con los ojos brillantes, cinco menos de los que Petronio le había dicho que tardaría en aprender una mujer. Cruzó el pueblo, que a esa hora estaba desierto, y llegó a la puerta de la Coronata. Vittoria y Silvano la esperaban, como solían hacer cuando hacía buen tiempo. Vittoria dio un grito y Silvano alzó los brazos al ver llegar el carrojue conducido por la niña y detenerse bruscamente a su lado. Nora estaba colorada y feliz, y lamentaba que Maurizio no hubiese estado allí para verla. Les contó lo sucedido, sus padres la regañaron y la abrazaron con fuerza, y Dirce sacudió la cabeza en señal de desaprobación. Al cabo de una hora llegó Petronio en un carro, nerviosísimo.

En la Coronata se habló durante muchos días de la heroica huida de Nora y también en el pueblo, hasta el abad Clementi lo consignó en su diario.

—¡A los diez años!—exclamaba Silvano, pensando en que a esa edad él no había caminado ni veinte pasos solo, ni siquiera a pie—. Incluso un poco antes de los diez años.

Y es que Nora no los cumplió hasta dos semanas más tarde, el 6 de noviembre. Y a propósito de esa frase tan repetida en aquellos días, «a los diez años», el cumpleaños de Nora se celebró esta vez con más solemnidad que los anteriores: las niñas tuvieron un día de fiesta, Maurizio invitó en nombre de Vittoria a varios chicos y chicas del pueblo (sin duda, Vittoria no se imaginaba lo que iba a ocurrir esa noche) y se pasaron allí el día entero jugando, arrasando el jardín y la despensa, divirtiéndose. Cada uno recibió un regalo y se marcharon al anochecer, muertos de cansancio y felicidad. Dirce se ofendió mucho porque el año anterior, cuando ella había cumplido diez años, no se había hecho nada parecido. Intentaron consolarla y se justificaron diciendo que en esa época (Dirce nació en junio) aún estaban de luto reciente y le prometieron grandes cosas para el año próximo, pero Dirce concluyó:

—Para la fiesta de Nora os habéis gastado al menos cincuenta liras: dadme cincuenta liras y no se hable más del asunto.

Metió las cincuenta liras en una libreta de ahorros.

Al acostar a las niñas, un rito que nunca había querido confiar a las criadas excepto durante su desafortunado viaje a Roma, Vittoria pensó en el lejano día en que había nacido Nora. Tenía entonces veinte años, así que ahora tiene

treinta (en aquella época parecían muchos, era una cifra aterradora para las mujeres: treinta).

Cuando regresó a la sala de estar se encontró a Silvano de pie, con un libro en la mano, y a Maurizio hundido en un sillón.

—Me voy a la cama—dijo Silvano—a repasar estas *Rimas* de Luigi Groto, el Cieco d'Hadria, impresas en Venecia por los hermanos Zoppini en 1587 que me han llegado hoy—y cuando Maurizio apoyó las manos en los reposabrazos como para levantarse y despedirse, se apresuró a añadir—: Por favor, quédate si te apetece, aún es temprano.

Le estrechó la mano para despedirse y luego, al pasar junto a su esposa, le acarició ligeramente la mejilla y se marchó.

Vittoria y Maurizio oyeron alejarse los pasos por la escalera. Eran lentos. Cada dos o tres escalones se detenía aquel movimiento espaciado, seguramente porque iba hojeando el libro mientras subía. Luego oyeron cómo se cerraba la puerta de arriba y en toda la casa se hizo un gran silencio.

En medio de ese silencio, Vittoria se acercó al sillón de Maurizio, se inclinó sobre él y le besó en los labios. El joven dio un respingo, pero no consiguió levantarse. Ella mantuvo la mejilla pegada a su rostro un rato y luego se alzó de nuevo. Maurizio estaba extraordinariamente confuso ante ese gesto tan inesperado, por aquel beso insensato sin volubtuosidad. Pensó enseguida que tenía que decir algo y murmuró:

—Vittoria...—pero como no se le ocurrió nada más se resignó a susurrar de nuevo—: Vittoria...

Trató de imprimir a su voz un sentimiento pausado e infinito. Vittoria, de pie frente a él, dijo mirándolo fijamente:

—¿No lo sabías?

Maurizio bajó los ojos:

—Sí—respondió cogiéndole las manos, que estaban muy frías. Una gélida incomodidad se apoderó de los dos. Maurizio, recordando de repente las palabras de aquellos familiares sobre su supuesto amor (¿cuándo había sido?, hacía más de un año), añadió—: Era el destino.

A ella le gustó la palabra y sonrió. Se había separado un poco de él, pero seguía agarrada por las dos manos. El joven se puso en pie, pero al instante aguzó el oído y miró con recelo hacia arriba. Vittoria lo tranquilizó diciendo con un toque de amargura:

—No hay peligro, pero es hora de que te vayas, vete, gracias, hasta mañana.
—Y volvió a besar lentamente sus labios, pero esta vez Maurizio respondió al beso.

Nada de ese insensato acontecimiento alteró la vida cotidiana en Coronata, sólo Vittoria dejó de conciliar el sueño. El resto siguió igual. En el transcurso de algunos meses los dos se encontraron a solas en tres o cuatro ocasiones, todas ellas durante unos minutos. Hubo algunas palabras patéticas susurradas a toda prisa, algunos besos sinceros y no hizo falta hablar de verse en otro lugar. (Creo que Maurizio no puso mucho de su parte, prefería dejarse llevar por los acontecimientos). Mejor esperar. Vittoria no sentía grandes remordimientos, pero a menudo le daban extraños arrebatos de afecto hacia Silvano. Mejor esperar, como quien está parado en la esquina de la calle. Pero incluso en la esquina de la calle, cuando llevas mucho tiempo esperando, llega un momento en que ya no recuerdas a quién esperabas, ni por qué.

Y así pasaron siglos. Pasó ese invierno, luego el verano y a continuación otro invierno con su verano (Dirce y Nora crecieron, sus almas se colorearon y ensancharon), y luego un tercer año, con su primavera. Un día Vittoria le dijo a Maurizio:

—Somos como dos novios.

Otra vez fue Maurizio el que declaró:

—Nuestro amor es demasiado grande para convertirse en cualquier cosa.

—Es verdad, es verdad—asintió Vittoria convencidísima.

—Por eso es mejor...—prosiguió él.

Creo que quería decir que era mejor dejarlo, pero no consiguió terminar la frase. Esa noche, pensando en la escena, ella llegó a la conclusión de que había querido decir: «Por eso es mejor que huyamos y vivamos juntos».

Durante algún tiempo no volvió a encontrarse a solas con él y esa idea fue creciendo en su interior. Pasaron algunos meses más y llegaron las vacaciones. Sólo entonces se percató de pronto de que huir significaba perder a sus hijas. Comenzó una profunda tortura, más angustiosa que la exaltación. No se abandona a las hijas, pese a lo cual un día se marcharán, un día ya no serán niñas y ese día ya no te podrás ir con Maurizio, porque habrán pasado demasiados años y la vida se habrá esfumado. Oh, ¿cómo dejar a las niñas? ¿Cómo lo hicieron todas esas madres que lo hicieron? No conseguía responderse, no recordaba ni siquiera una: no, ninguna lo había hecho. Pero las frenéticas visiones de una vida con Maurizio, a solas con Maurizio, en un

país lejano, ya habían echado unas raíces demasiado profundas. A fuerza de pensar en ello consiguió atemperar ese sueño. Durante algún tiempo, Maurizio, pese a no ser muy perspicaz, vislumbró que ella barruntaba algo, la veía feliz y expectante. Y como no sabía qué esperar, estaba en guardia.

En verano era más fácil hablar sin testigos, bastaba con pasear juntos por el jardín y alejarse un poco. Era agosto. Estaban de pie frente a un parterre, y ella asentía con las manos extendidas como si le estuviera enseñando las flores. Mientras tanto, le explicó en voz baja:

—Llevo tramándolo diez días y lo he conseguido. Le he recordado a Silvano el nerviosismo de aquel viaje a Roma. Le he dicho que fue mi culpa. Le he convencido de que ahora se me ha antojado ver Venecia, lo he dejado caer dos o tres veces, para prepararlo, y finalmente me he animado a rogarle que me deje ir sola cinco o seis días, he confesado que es mi delirio romántico... Ha sido más fácil de lo que pensaba. Ya está hecho. Voy a ir sola. Tengo todo preparado.

Sus ojos brillaron. Maurizio se alegró de verla tan animada.

—Bien hecho—respondió, pero de pronto pensó que debía mostrar cierto disgusto y añadió—: Seis días sin verte, se me van a hacer largos.

Vittoria, lúgubre, arrancó violentamente la corola de una peonia y arrojó los pétalos contra un seto. Después, recomponiéndose, replicó:

—¿No lo entiendes? A los dos días te vas también tú, te reúnes conmigo.

Maurizio sintió una verdadera conmoción.

—Pero todo el mundo se daría cuenta enseguida...

—Busca un pretexto, prepáralo... Y además, ¿qué más da? Yo no me planteo tantas cosas, sólo pienso en lo maravilloso que será, Maurizio... ¿Por qué no dices nada?

Había pronunciado las últimas palabras con la voz entrecortada y ahora parecía que iba a echarse a llorar. Maurizio miró rápidamente a su alrededor. Las chicas no estaban muy lejos, daban saltos tratando de alcanzar una rama de una encina para arrancarla. Cuando se volvieron hacia Maurizio él se apresuró a prometer a Vittoria que se reuniría con ella en Venecia.

—¿Y luego, para siempre?

Maurizio volvió a mirar. Las chicas desistieron de la encina. Vittoria dijo muy bajo, apresuradamente:

—Me voy el sábado, podrías reunirte conmigo...

Él reflexionó un momento:

—El martes quizá, ¿te parece bien?

Los gritos de las niñas se aproximaron y Nora corrió hacia Maurizio y preguntó:

—¿Qué estáis tramando?

Vittoria se fue el sábado, como había anunciado. Maurizio pasó a despedirse a la Coronata:

—Ven todos los días a ver a las chicas—le pidió Vittoria.

Y esperó la respuesta que ella le había indicado. Todo estaba acordado:

—Por supuesto. Es más, tenía que ir a Milán en estos días por unos asuntos, pero les he escrito rogándoles que lo pospongan ocho o diez días, para entonces ya estarás de vuelta, ¿no?

En ese momento intervino Silvano meditabundo:

—Antes, antes, ocho días desde hoy, el sábado es el aniversario...

—Es verdad—tartamudeó Maurizio con aire compungido—, el quinto aniversario.

—Y sería muy triste—añadió Silvano—que Vittoria no estuviera con nosotros, de hecho ha prometido volver el jueves, porque el viernes le conviene descansar.

—Venga, vamos—gritó Nora.

En cuanto llegó a Venecia, Vittoria telegrafió inmediatamente: «El viaje ha ido perfecto. Abrazos». Después sólo envió postales con vistas de la laguna y los palacios. Maurizio tenía la intención de cumplir su promesa, pero le resultaba muy molesto lo del engaño del viaje de negocios a Milán. El lunes, mientras Vittoria contaba ansiosamente las horas en Venecia, aún no había sido capaz de decirle nada a Silvano; debía explicarle que, al no haber conseguido el aplazamiento que había pedido, se veía obligado a marcharse, pero ni siquiera entonces tuvo el valor de hacerlo: las chicas estaban demasiado contentas, así que lo dejó para el día siguiente. Al día siguiente viajó a un pueblo cercano y desde allí telegrafió a Vittoria: «Compromiso imprevisto me obliga a retrasar». (No decía cuántos días se retrasaría). Vittoria vio cómo una nube de lluvia se abría sobre el Gran Canal, inundando los palacios. Cuando volvió en sí, escribió unas líneas a Silvano: «Venecia es demasiado hermosa, no puedo abandonarla, me quedaré uno o dos días más; perdóname».

Silvano calculó que en dos días sería el aniversario, pero no se atrevió a llamarla de inmediato, quería esperar a que llegara Maurizio para pedirle consejo. Aquel día, Maurizio llegó por la tarde, a una hora en que el telégrafo

de Colonna ya estaba cerrado. De modo que tendría que enviar el telegrama viernes: «No sirve de nada telegrafiar ahora», pensó Silvano (mientras Maurizio pensaba que ya era demasiado tarde para partir), Vittoria podía llegar mañana por la mañana, o mejor dicho, Vittoria iba a llegar con toda seguridad mañana por la mañana, había un tren a las diez que llegaba a tiempo para la misa fúnebre de aniversario: el único día del año en que se recordaba que la Gran Vieja había habitado este mundo. (Aunque a mí me parece que no los había dejado solos ni un minuto).

El viernes por la tarde, Silvano subió a la biblioteca para colocar las últimas adquisiciones. La tarea siempre lo absorbía de tal manera que le defendía de cualquier otro pensamiento. A veces, la incorporación de nuevos libros lo obligaba a desplazar algunas secciones de los antiguos. Ése fue el caso de aquella tarde; la maniobra tuvo lugar precisamente en la estantería en la que cuatro años antes había colocado el generoso regalo del abad Clementi, los cuarenta y dos fascículos encuadrados en siete volúmenes de los dos primeros años de *La Civiltà Cattolica*, aquellos libros extremadamente raros y difíciles de encontrar. Cuando descendió del taburete de la escalera con los tomos bajo el brazo, jadeó, los dejó en el suelo y se sentó en el sillón contiguo para descansar un segundo. Alargó un brazo, cogió uno de los volúmenes y lo hojeó; era el tercero, de octubre a diciembre de 1850. Leyó algunas frases aquí y allá. No leía tratando de comprender el significado sino como un bibliófilo, como mucho acompañaba el fluir de un párrafo. La casualidad hizo que una frase le llamara la atención: «Si, por el contrario, se comprende que para armonizar las operaciones de los entes libres (que, perfeccionándose, no pierden su libertad) se necesita siempre una autoridad suprema como centro de todo el organismo soescondida estaba la milicia, gritó...». Al leerla se detuvo en seco, porque no tenía sentido. ¿Qué significaba *soescondida*? Volvió a leer. El pasaje comenzaba al final de una página y la última línea rezaba: «se necesita siempre una autoridad suprema como centro de todo organismo so-», y en la página siguiente, continuaba: «escondida estaba la milicia, gritó: salid de ahí, cobardes, u os aplastaremos a cañonazos».

Empezó de nuevo, examinó a fondo, comprobó los números de las páginas: Dios mío, la página impar era la quinientos sesenta, y la par, al dorso, la seiscientos veinticinco. Pasó las páginas febrilmente, luego más despacio, recorrió todo el volumen: no había duda, faltaban las páginas de la quinientos

sesenta y uno a la seiscientos veinticuatro, sesenta y cuatro páginas, cuatro cuadernos en dieciseisavo.

Recordó el día en que había encomendado esos preciosos fascículos al encuadernador de la ciudad llena de bueyes. Sin duda, aquel animal había puesto los cuadernos fuera de sitio y ahora iba a haber que deshacer y rehacer la encuadernación entera. Pero tras revisar página por página los otros tomos no encontró nada. De modo que aquellas páginas no estaban fuera de sitio, sino que se habían perdido, no había duda. Porque en su día estuvieron allí, recordaba haber hecho revisar meticulosamente al encuadernador los dieciséis cuadernos uno a uno y estaban todos intactos. Así que tuvo que perder aquellas páginas raras e inencontrables.

Lo invadió una ansiosa desolación. Tenía que regresar de inmediato a la casa de aquel infame encuadernador al día siguiente; quién sabe, tal vez si ponía los armarios de aquel hombre patas arriba volvía a encontrarlos allí. Pero eso había pasado hace cuatro años; Silvano no había vuelto allí desde que el abad Clementi le habló de otro encuadernador mejor que vivía en una ciudad más cercana. Bueno, iría mañana por la mañana, pero de pronto recordó que mañana por la mañana era la misa de funeral. Y antes, a las diez, había que ir a la estación para recoger a Vittoria. Todo lo abrumaba, y esa noche tuvo sueños tormentosos y se despertó varias veces (como a menudo le había ocurrido a Vittoria desde su declaración de amor).

A la mañana siguiente, a las diez, no apareció ni Vittoria ni ninguna de sus pertenencias. En la misa fúnebre de las once, Silvano estaba inquieto. Veía aquellos dos números enfrentados: quinientos sesenta y seiscientos veinticinco. (Maurizio no entendía qué le pasaba a Silvano y estaba muy receloso). Varias personas de Colonna se acercaron a darle sus condolencias y se quedaron desconcertadas ante su aspecto delirante. En cuanto terminó la misa, corrió a la biblioteca y se encerró allí; volvió a revisar los siete volúmenes con extremo cuidado. Bajó a desayunar con las niñas, que se miraban asombradas, pero no comió nada. Mandó llamar a Petronio y le ordenó que preparara inmediatamente el carroaje.

—Nosotras también vamos, papá—suplicó Dirce.

Silvano contestó con un «no» tan rotundo que la hizo estremecerse. Nora replicó con voz llorosa:

—No vayas, papá, no debes ir.

Pero se fue a toda prisa. En el camino quería que Petronio hiciera volar al caballo y cuando llegó a la plaza principal le dijo:

—Voy solo, espérame aquí.

Petronio también frunció el ceño, nadie en el mundo había conocido a un Silvano Medici tan contundente.

Silvano se acordaba bien; había que entrar en aquella calle ancha, luego girar a la izquierda y en la penúltima tienda antes de la esquina había un cartel que decía: ENCUADERNADOR. Pero al llegar no vio la tienda; tal vez no había girado a la izquierda. Regresó sobre sus pasos, volvió a recorrer la calle con más cuidado. Era aquélla, no se había equivocado, pero en lugar de ENCUADERNADOR ahora decía TALLER DE PLANCHADO. Se detuvo un momento, revisó sus recuerdos y vio claramente cómo había sido aquel día: allí había un estanco (Maurizio había entrado en él) y ahí un herborista, el encuadernador estaba en el medio. Aquí estaba el estanco, ahí el herbolario, pero en medio decía TALLER DE PLANCHADO. Sintió un sudor y luego un gran frío.

Dentro de la tienda había cuatro chicas con delantales blancos, los brazos desnudos, la cara roja; estaban despeinadas y les brillaban los ojos. Hablaban en voz alta, sostenían pesadas planchas negras y de cuando en cuando se las posaban en la mejilla. TALLER DE PLANCHADO.

Una de las chicas se acercó hasta el umbral con la plancha en la mano y permaneció allí un momento mirando con curiosidad a aquel caballero que estaba afuera, de pie en medio de la calle, el sombrero en la mano, la frente sudorosa y las piernas un poco abiertas, contemplando el cartel de TALLER DE PLANCHADO. Una de ellas se rio y salió para verlo mejor, pero le entró un repentino deseo de volver a entrar y se puso a trabajar con ahínco en una alfombra de felpa que había colocado en un puente sobre dos tablas. Durante un momento todas trabajaron en silencio, luego empezaron a alzar la cabeza, a mirarse y a hablar entre ellas, pero no se distinguían las palabras. Una de ellas le sonrió sin darse cuenta y volvió a bajar la cabeza.

Silvano se armó de valor de repente. Terminó de cruzar la calle y, aún con el sombrero en la mano y todo encendido preguntó al llegar al umbral:

—¿Acaso no había aquí un encuadernador?

Todas dejaron de trabajar y la que había salido antes contestó:

—Sí, pero ya hace tiempo que no está. Llevamos dos años aquí.

—Vaya... Y el encuadernador, ¿dónde ha ido?

—Murió, hace tres años.

—Ya veo... Pero ¿dejó algo?

—Oh, no, esto estuvo cerrado durante dos años.

—Dejó algunas cucarachas—añadió otra, y todas se echaron a reír a carcajadas—. Disculpe, disculpe.

Silvano miró a las chicas y luego las planchas como distraído, hasta que de repente dijo:

—¿Y Vittoria?

Las chicas se miraron entre sí y luego se volvieron hacia él, que ya se había recuperado de la crisis:

—Disculpen, no quería decir eso. —Dio un paso atrás y volvió a mirar el umbral: TALLER DE PLANCHADO. Luego añadió con rapidez—: Buenos días.

Tambaleándose, sin ver nada más, llegó quién sabe cómo hasta la plaza donde lo aguardaba el carro. Petronio le preguntó:

—¿Está usted enfermo, señor?

—No, claro que no, pero la señora... Quiero decir, a casa, volvamos enseguida a casa.

En el camino de vuelta, Petronio se giraba de vez en cuando para mirarlo. Se había sentado en el borde del asiento con una mano en el reposabrazos, como si estuviera frente a un fotógrafo, con la mirada fija y brillante. No cambió en ningún momento la postura y, cuando el carro pasaba por encima de un bache, daba un salto de una sola pieza.

Las chicas llevaban cinco horas de gran inquietud y Maurizio apenas podía contenerlas. A las seis y media estaban en la cancela y al verlo bajar con aquella mirada aturdida no se atrevieron a saltarle al cuello. Preguntó pensativo:

—¿Y Vittoria?

—No ha escrito—se apresuró a responder Maurizio—, así que regresará mañana.

—Claro, claro, vamos a ir directamente al abad.

—Oh papá, quédate aquí con nosotras.

—¿Qué tiene que ver el abad con todo esto? Señor Silvano, si no viene mañana, le prometo que yo iré a Venecia a buscarla.

—Pero no lo he encontrado, ya no está, no está.

—¿El qué?

Consiguieron persuadirle de que se metiera en la cama, pero cuando le hablaron de llamar a un médico gritó «¡No!» con aquella imperiosidad con que

unas horas antes había asombrado a Petronio.

—Todo se está hundiendo, ¿qué pinta aquí el médico?—Y luego añadió, súbitamente tranquilo—: Tengo mucho sueño.

En cuanto se acostó, apagó la lámpara. Las criadas habían tenido cuidado de cerrar las persianas y la habitación estaba casi a oscuras. Espiaron un poco tras la puerta y bajaron a decir a Maurizio y a las chicas que el señor estaba tranquilo.

Era verdad. Boca arriba y mirando al techo, donde parpadeaba una larva de luz crepuscular, sintió poco a poco un calor agradable que le invadía el rostro y lo inundaba. En la oscuridad, sus ojos empezaron a ver unos átomos brillantes que vagaban de un lado a otro y el esfuerzo de seguirlos hizo que aparecieran muchos más, un torbellino de puntos brillantes perdidos en medio de un zumbido ininterrumpido. En mitad de esa confusión se le aparecieron todas mezcladas las últimas imágenes de su vida: las planchadoras con delantal blanco y los brazos desnudos riendo, quinientos sesenta y seiscientos veinticinco, una vista de Venecia con Vittoria sobre un puente, Vittoria que ya no viene, el puente que se eleva y se funde con el cielo, y luego el abad Clementi con unos rizos blancos saliendo de su bonete, quinientos sesenta y seiscientos veinticinco; hay que ir a casa del abad, pegarle con una plancha en la cabeza y llevarse *La Civiltà Cattolica*, si estuviera Vittoria habríamos ido directamente al abad Clementi, pero Vittoria no vuelve, también ella se deshace, se derrumba entre las piedras que bajan cuando las niñas juegan al juego del precipicio, pobres niñas, y la ola de luz se aleja con el suave tañido de la gloria vespertina, pobre Dirce, pobre Nora, todo se aleja, calla y muere. Y en ese punto, desde las profundidades de la sombra, desde las profundidades del silencio, brilla el rostro de la Gran Vieja, y Silvano ya no siente nada más.

III

VITTORIA

En Venecia, Vittoria sufrió enormemente, nunca su breve existencia fue tan vívida como en esos días. Pasaba de la euforia a la desesperación. Veía cosas nuevas y no podía mirarlas, las sentía tan brillantes y elevadas como jamás había imaginado nada en el mundo. Respiraba luz, se dejaba golpear por el sol. Volvió a pensar en Roma, ciudad que no había entendido, y desde la distancia le deslumbró de pronto en la memoria. Lloró varias veces, tirándose desesperadamente en la cama como si el mundo hubiera desaparecido a su alrededor, pero luego salía a la calle y su alma luchaba contra la violencia de los colores. En algunos momentos se sentía diabólica, en otros como un animal abatido.

Al principio, cuando todavía estaba llena de expectativas, fue capaz de respirar con placer la libertad. Aunque de vez en cuando su corazón gritaba «¡Maurizio, ven, no aguento más!», un extraño pensamiento surgía de repente entre los pliegues de su inteligencia: «Si no estuviera tan desesperadamente enamorada, esta vida me volvería loca de alegría». Se daba cuenta de que los hombres la miraban en el vestíbulo del hotel o en los cafés donde le gustaba sentarse cuando apretaba el calor, siempre sola, algo que nunca le había ocurrido y que despertaba en ella el orgullo al tiempo que agudizaba su desesperado amor.

Esa sensación de exaltación duró sólo los tres primeros días. Al tercero aún no le sorprendía que Maurizio no hubiera llegado, pero cuando llegó el martes, empezó a ponerse lúgubre. Llegó el telegrama: las palabras «me obliga a retrasar» le parecieron confusas y la frustraron. Escribió a su marido esas pocas líneas de aplazamiento y luego cayó en una especie de somnolencia opresiva. La Venecia que la rodeaba se había convertido en una cosa lúgubre y pesada.

El sábado decidió que al día siguiente se iría de allí sin que nadie supiera nada más; se marcharía a algún lugar desconocido, una muerte fácil le llegaría quién sabe dónde ni cómo, y ella la aceptaría resignada. Pero esa noche le llegó otro telegrama. Pasó un largo minuto antes de encontrar fuerzas para abrirlo.

Se le nubló la vista al leer: «Silvano está gravísimo. Te esperamos pronto.
MAURIZIO».

Su primera impresión fue que Maurizio mentía para hacerla volver y eso le hizo sentir una fuerte punzada de dolor, pero luego se rebeló con esfuerzo contra ese pensamiento y se dio cuenta de lo absurdo que era. Intuyó claramente que Silvano había muerto. De repente vio a Dirce y a Nora. Recogió apresuradamente sus cosas, aún había un tren ese día. Partió y a la mañana siguiente, a las diez, se encontró con Maurizio vestido de luto en la estación de Colonna.

Cumplió con sus obligaciones de ese día y del siguiente con gran dignidad. No sentía nada en el cuerpo ni en el alma. No sabía si sentía dolor (siempre es difícil saber lo que es el dolor en realidad), pero en los breves momentos en que se desvanecía esa íntima inmovilidad, sentía una inmensa compasión por Silvano.

Cuando, con el paso de los días, se disolvió por completo aquella inercia gris que la habría matado si hubiese durado un poco más, tuvo la sensación de moverse en un mundo vacío. Surgió entonces en ella, más que el deseo, el vivo propósito de llenar ese vacío, de arrojar en él una cantidad de ruidos y sucesos. Dirce y Nora estaban desconsoladas.

Podría decirse que sólo entonces Vittoria se fijó en Maurizio. Repasó en su imaginación las disparatadas horas de Venecia y no fue capaz de entenderlo. Durante algunos días evitó quedarse a solas con él.

Era curioso que el nuevo estado de ánimo de Vittoria se pareciera en parte a su propia animación de hacía cinco años, cuando murió la Gran Vieja. Y, sin embargo, el pobre Silvano nunca soñó con dominarla, ni siquiera con retenerla. (¿No se dan cuenta que la Gran Vieja se acaba de marchar? Estuvo entre ustedes hasta ayer, tenía que velar a su hijo). Y también era curioso que ni un atisbo de sentido religioso le hubiese hecho pensar en la muerte de su marido como un castigo divino por su inminente pecado o una cruel treta para impedirlo. Pero lo más absurdo fue que el amor de Vittoria se apagara de una manera tan repentina en el momento en que dejó de ser una falta. Un atisbo quizás de esos pensamientos fue lo que la llevó a pasar en poco tiempo de la timidez frente a Maurizio (como si se sintiera, quién sabe por qué, culpable) a un deseo de enfrentarse a él. El malestar fue creciendo cada día un poco más hasta que se hizo necesario disiparlo. Una cálida tarde de finales de septiembre

dejó a las chicas en el salón y bajó por el camino del jardín al encuentro de Maurizio. Al verlo, le dijo inmediatamente:

—Al menos una vez tendríamos que hablar del asunto, Maurizio.

Al hombre lo atenazó el pánico. Estaba dispuesto a aceptar cualquier cosa, tanto la reanudación como el fin de su vieja relación amorosa, pero le habría sido imposible tomar la iniciativa. Su terror no duró más que un instante, porque Vittoria continuó:

—No han pasado más que treinta y ocho días, los he contado bien, pero me parecen tan lejanos como la infancia; así es, treinta y ocho días desde que empecé a esperarte en Venecia. Ya no sé si fue mi culpa o la tuya, la desgracia se ha interpuesto y se ha borrado también la responsabilidad de la culpa. Sigamos siendo amigos y centrémonos en querer a las niñas, eso es lo importante. ¿De acuerdo?

Se habían detenido, ella tenía su mano ligeramente apoyada en el brazo de él. Esperó un poco, quería que el otro respondiera.

Qué extraño es el corazón humano. Maurizio, que nunca había estado muy enamorado de Vittoria, sintió en su vanidad una especie de decepción ante un discurso tan directo. Había olvidado de buena fe su mediocre conducta en el asunto de Venecia.

Lo importante ahora era responder de algún modo. A modo de respuesta cogió una de sus manos y la besó con gran respeto.

—Vamos—dijo Vittoria—, las chicas nos esperan.

Se pusieron en marcha y al llegar a la sombra del jardín, pensó Vittoria: «Ya está». Maurizio pensó: «Podría haberle propuesto matrimonio, pero no estaba listo. Todavía hay tiempo». Vittoria tenía razón: «Querer a las niñas, eso es lo importante». También ellas, sobre todo ellas, necesitaban que la vida se llenara de ruidos y sucesos para no derrumbarse. Dirce tenía catorce años, era morena y delgada, de ojos penetrantes y esquivos, hasta un hombre adulto sentía al principio un poco de timidez al hablar con ella. Nora era un año más joven, pero sus movimientos tenían una forma más dinámica. Tenía unos ojos grandes, inocentes y claros como el cielo.

Y a Nora le sucedió algo muy desagradable. Un sábado por la noche (tres meses después de la muerte de Silvano, que ya parecía un hecho muy remoto) Maurizio entró con gesto alegre y, sin saludar siquiera, anunció:

—Tengo una gran noticia, mañana voy a Fornace—era un lugar cercano, un conocido pueblo de vacaciones—a comprar una cosa. Adivinad qué.

—¡Un caballo!—exclamó Nora.

—Caliente, caliente. Más que eso no se puede adivinar. ¡Un automóvil!

Maravilla, emoción. Ni Vittoria ni las niñas habían visto nunca un automóvil.

—En Fornace veranea un hombre rico de Milán que tiene una esposa neurótica que se aloja allí hasta Navidad. El otro día el marido le dio una sorpresa, le llevó un coche desde Milán, un Phaeton, con un mecánico de clase. La señora estaba encantada, qué bonito es, le dijo, vamos a probarlo ya. Así que subieron, el marido en la parte trasera, ella en la delantera, junto al mecánico, y salieron a la carretera principal. Nada más salir del municipio, el mecánico se puso a correr: esos coches van como un rayo, a treinta, treinta y cinco, hasta cuarenta kilómetros por hora, lo que en carretera abierta, sin carriles, debe producir una impresión tremenda. Cuando empezó a acelerar, la señora se echó a temblar y gritó «¡Pare, pare!», agarrándose tan fuerte a su brazo que casi lo acabó tirando a la cuneta. El pobre hombre ni siquiera se había detenido del todo cuando ella saltó del coche, gritando de miedo, dio media vuelta y regresó a pie en lugar de volver a subir. Hasta le prohibió a su marido que volviera a subirse nunca más. Por eso quiere sacarse de encima el coche, claro, quiere venderlo con urgencia; lo deja a un precio ridículo. Mañana a las ocho de la mañana tengo que estar en Fornace y me lo llevo.

En medio de nuevos estallidos de alegría, se pusieron a hacer grandes planes de viaje y buscaron revistas con fotos de coches. De repente, Nora gritó:

—Tengo una idea. Te llevaré a Fornace por la mañana en el carro. Yo conduciré.

Después de aquella hazaña de hacía tres años, había conducido unas cuantas veces más, siempre ante la atenta mirada de Petronio.

—¿Vamos todos?

Vittoria se negó, aún no quería ver a nadie. Más extraña aún fue la reacción de Dirce, que dijo bajando los ojos:

—Yo no voy, he prometido que después de la misa iba a pasar el día en casa.

Nora se encogió de hombros alzando los ojos al cielo.

—¿A quién se lo has prometido?—preguntó Maurizio.

—Es un voto—respondió Dirce con compunción.

Tuvieron que explicarle a Maurizio que las monjas les enseñaban a hacer votos, actos de penitencia espontánea como la renuncia a algún pequeño placer para obtener la gracia. Dirce se lo había tomado muy en serio: una noche se

prohibió comer fruta, otro día se obligó a sentarse en su escritorio durante todo el tiempo de recreo, y así sucesivamente. Nora resopló. Mandaron llamar a Petronio para que tuviera preparado el carroaje a las siete.

—No enganches el caballo—dijo Nora—, como lo voy a llevar yo, quiero ponerle las riendas y todo.

El establo estaba en la parte baja de la pendiente del jardín, justo fuera de la verja. A la mañana siguiente, unos minutos antes de las siete, llegó Maurizio y cuando estaba frente a la puerta oyó un grito desgarrador procedente del establo, que estaba cerrado. Acudió a toda prisa, golpeó con fuerza la puerta, y oyó otros gritos más apagados. Dio tres o cuatro empujones a la puerta hasta que cedió el candado, que estaba mal cerrado. A continuación se arrojó al interior gritando «¡Nora!», justo a tiempo de ver a Petronio retrocediendo bruscamente, resbalando y golpeándose la espalda contra la pared y luego contra el suelo, y a Nora contra el carroaje con la cara contraída y los brazos alzados, temblando. Ya no podía gritar porque tenía la voz ahogada por el terror. Agitó las manos dos o tres veces hacia Maurizio como si quisiera señalar a Petronio, pero el joven ya había corrido hacia él y, apoyando la rodilla en el pecho del cochero, lo agarró por los brazos. El otro se quedó inmóvil y rígido, con los ojos entornados como si no pudiera ver nada, con sus deslumbrantes dientes chirriando en una contracción metálica. Maurizio lo soltó un momento y él no se movió, pero el temblor se fue apagando. Nora se recompuso de pronto y empezó a gritar:

—¡Quería matarme! ¡Matarme!

Maurizio se volvió hacia ella, la alzó rápidamente en brazos y la sentó en el carroaje tranquilizándola:

—No tengas miedo.

Se volvió hacia el cochero, que estaba inerte. Se inclinó sobre él, lo sacudió, lo levantó a plomo, y luego lo empujó hacia delante, hasta la puerta, y luego a la calle. Empezó a patearlo apretando los dientes, sin que el otro hiciera nada más que taparse la cara con los codos y gemir de vez en cuando con la boca medio cerrada.

Pasaron algunos campesinos y se detuvieron, algunas mujeres desaliñadas se asomaron a las ventanas y empezó a formarse un barullo en las primeras calles. Maurizio volvió a entrar rápidamente, evitó un pisotón del caballo—que se había inclinado hacia el potro y, al querer darse la vuelta, se había inquietado —y alzó de nuevo a Nora en brazos y la dejó en el suelo tratando de darle

ángimo. Seguía temblando de miedo y de una vaga sensación de vergüenza. Le temblaba todo el cuerpo, estaba muy pálida y tartamudeaba:

—No... No.

—Vamos, Nora, no ha sido nada, subamos a la casa. Pero espera un poco.

Le acomodó el pelo y trató de alisarle el vestido con las manos, porque estaba todo arrugado y roto en algunas partes. Entonces, sollozando, la niña empezó a caminar poco a poco y, guiada por el joven, salieron del establo, pasaron rápidamente por la puerta y subieron la cuesta. Nora oyó un murmullo de gente, pero no se volvió.

La plaza, de hecho, no tardó en llenarse de hombres y mujeres que, con maliciosa rapidez, habían adivinado lo sucedido y, gritando, presionaban a Petronio para que se acercara más. Por su parte, Petronio había logrado levantarse y miraba a su alrededor con gesto tan fiero que al principio hasta le temieron. En mitad de un diluvio de improperios le propinaron algunos golpes en la cara; la primera que tuvo el valor de hacerlo fue una mujer, que, tras sacudirle los cachetes, le escupió en el rostro. Petronio alzó un brazo y entonces un hombre le abofeteó tan fuerte que estuvo a punto de tirarlo al suelo. Petronio se dio cuenta de que después de aquello podía tener a veinte personas encima y agitando todo el cuerpo en un violento torbellino de brazos, golpeó a los más cercanos con mucha violencia y aprovechó el susto para lanzarse cabeza abajo abriéndose paso entre la multitud, corriendo a toda prisa para meterse en el primer callejón, derrapando dos o tres veces. Llegó luego al borde de un barranco lleno de rocas y desapareció, al menos por el momento. La gente, por su parte, al ver que la persecución se complicaba, se limitó a tirar unas cuantas piedras al azar en la espesura, pero no se molestó en perseguirlo, prefirieron indignarse, y al poco rato la plaza mayor de Colonna se había llenado de gente que siguió alborotando toda la mañana a causa de aquel horrible atentado.

No es posible explicar lo mucho que se asustó la pobre Vittoria cuando los vio a los dos llegar a casa de aquella manera. Entre sollozos y espasmos lo único que pudo explicar Nora fue que, mientras recogía el arnés, había oído un portazo, se había girado para mirar y entonces Petronio se había abalanzado sobre ella como un demonio, la había agarrado y le había hecho daño por todas partes, aplastándola:

—Quién sabe por qué quería matarme, si Maurizio no hubiese venido seguramente me habría matado.

El médico, al que se llamó con urgencia, no encontró más que unos cuantos moretones y salió de la habitación sin hacer ruido, mientras Nora seguía diciendo «Quién sabe por qué». Era incapaz de encontrar una respuesta satisfactoria al misterioso motivo.

La noticia de aquel feo episodio llegó a oídos del abad Clementi y quedó registrada en el gran diario: aquellas anotaciones eran su manera de ocuparse de la familia Medici. Como ya dijimos en su momento, a veces le gustaba hacer referencia a entradas anteriores añadiendo breves comentarios al margen con lo que él consideraba un tono metafísico. Y de hecho entonces advirtió una coincidencia en la que no había reparado al principio: tanto la Gran Vieja, hacía cinco años, en 1900, como Silvano hacía tres meses, ambos madre e hijo, habían muerto un 26 de agosto. Esa coincidencia fue una de las que más interesó al abad, que comenzó a compilar textos de todo tipo, esforzándose en encontrar ejemplos de familias en las que las muertes se hubiesen producido preferentemente en un día determinado del año. No creo que encontrara nada interesante al respecto, nada de lo que pudiera deducir ninguna ley astral, pero estaba destinado a descubrir una ley mucho más feroz, algunos años más tarde, en los destinos de aquella familia.

El incidente en el establo tuvo dos consecuencias inmediatas. La primera: que Maurizio se quedó sin coche, porque fue a Fornace el lunes por la tarde y se encontró con que el milanés, al ver que Maurizio no acudía la mañana previa como habían acordado, dio de pronto con otro comprador. Aquello angustió mucho a Nora, como si fuera su culpa, pero Dirce razonó de la siguiente manera:

—No sabes si no ha sido una suerte en realidad. Supón que Maurizio lo hubiera comprado, y que lo hubiéramos cogido y hubiésemos tenido un grave accidente, ya estaríamos todos muertos o con la cabeza rota: habría que darle las gracias a Dios, habría que agradecérselo de verdad.

Nora se molestó:

—Si estuviésemos todo el rato dándole las gracias a Dios y haciendo penitencias nunca haríamos nada.

Dirce, ofendida por aquel ataque directo, reprendió a su hermana con una crueldad inaudita:

—Y si tú te hubieras quedado en casa ayer por la mañana, como hice yo gracias a mi voto, no te habrías metido en ese buen lío.

Nora se quedó muda y luego rompió al llorar. Qué mala era Dirce.

Otra consecuencia del episodio: dada la escasez de medios de transporte en el pueblo y la reticencia de Vittoria a buscar por el momento otro cochero, ya no había forma de ir a la escuela con regularidad. En consecuencia, acabaron renunciando al año escolar que acababa de empezar. Dirce se quedó sombría y muy resentida, pero el azar ofreció un consuelo.

Aquel otoño, los nobles Della Volpe se habían instalado en Colonna. La familia estaba compuesta por un matrimonio viejo y rico, un hijo de treinta y cinco años, y un nieto de diez. Poseían una gran finca en la vecindad y el pretexto para su traslado era que el viejo señor se había visto poseído por una repentina afición a la agricultura y en lo sucesivo deseaba vivir en su propia tierra y gestionarla él mismo, con la ayuda de su hijo. La verdadera y secreta razón era que ese hijo, viudo desde hacía dos años, tenía ambiciones políticas, y con vistas a prepararse para la universidad le parecía muy útil vivir unos años en el pueblo. Habían traído a un tutor para que diera al niño sus primeros cursos escolares. A través de los parientes de Maurizio y del abad Clementi, que conocía bien a los recién llegados, Vittoria Medici se puso en contacto con la familia Della Volpe y al cabo de unas semanas no fue difícil convencerles de que permitieran a su maestro dar clases a Dirce y Nora ese año.

Vittoria les propuso una idea para los años siguientes: irse a vivir a una gran ciudad, por ejemplo, Milán. La idea les entusiasmó tanto que a partir de entonces a las tres les pareció una eternidad tener que pasar otro invierno y otro verano en Colonna. El pobre jardín de la Coronata se desmoronaba cada día un poco más de tristeza ante tanta indiferencia e ingratitud.

Pero cuando pasaron esos diez meses, la cuestión se pospuso tranquilamente un año más. Las razones de ese cambio de actitud fueron variadas. En cuanto a Vittoria, podría parecer que su destino era vivir sólo de la imaginación: al igual que la única pasión de su vida se había extinguido en aquellos seis días abrasadores y desiertos de Venecia, ese invierno proyectó tan intensamente toda esa nueva forma de vida, que su alma se colmó y al cabo de unos meses, ya cansada, la desestimó con rapidez.

A su alrededor, sin embargo, la vida de Colonna, antes tan vacía, empezó a enredarse de forma inesperada. Los Della Volpe eran una de esas familias mundanas que, cuando por alguna razón no se encontraba en la ciudad, hacían que la ciudad fuera al campo. La vida en Colonna (tenían una villa mucho más moderna que la de la Coronata, al otro lado del pueblo, donde empezaba la

gran llanura) les habría resultado imposible si no hubieran tenido la casa siempre llena de invitados que iban, venían, volvían, desaparecían, en carruajes o a caballo. Por fin Colonna había visto automóviles y bandadas de bicicletas. Vittoria participaba en aquellas reuniones agitadas a veces, y Dirce y Nora (a las que ya no podemos llamar niñas, pues tenían quince y catorce años) a menudo tomaban parte en los juegos, el barullo y la vida luminosa. Y Nora había aprendido a bailar: ¿quién iba a sacarla ahora de Colonna?

También enseñaron a Dirce, pero ella lo disfrutaba menos. Se daba cuenta de que era diferente a las demás. Las palabras *hombre* o *joven* no la volvían loca... Las palabras *marido*, *casarse*, evocaban en ella la imagen de un alto muro blanco sin ventanas. La palabra *amor* no le parecía, como a las demás, una palabra tórrida.

Por todas esas razones, también los chicos se divertían menos bailando con ella que con Nora. Añoraba mucho la escuela, a las monjas. Cuando, en el otoño de 1906, vio aplazada de nuevo su pretensión de mudarse a Milán, insistió tanto que, al reanudarse el curso escolar, la matricularon como interna en la escuela suiza, y empezó a ir a La Coronata sólo los domingos.

También estaba Maurizio. Al principio había entablado cierta amistad con Lando Della Volpe (el futuro representante del partido político), pero luego pensó, quién sabe por qué, que el otro acariciaba la idea de casarse con Vittoria y se dijo a sí mismo «Yo estaba primero», regresando así a un pensamiento que había tenido sólo una vez, tras la muerte de Silvano. Pero a esas alturas y en ese contexto resultaba difícil volver con Vittoria. Ya habría tiempo.

Como Dirce sólo iba a Colonna los domingos, todos le hacían muchas fiestas cuando estaba. Uno de los primeros domingos de primavera en que pasaban la tarde en los salones de los Della Volpe, algunos jóvenes se presentaron ruidosamente ante ella y uno de ellos le dijo:

—Dirce, te hablo en nombre de todos. Hemos hecho una apuesta. Queremos saber cuál de nosotros te gusta más.

Dirce los miró con sereno asombro. Luego se puso de pie y miró al resto del grupo como para hacer un examen rápido y proclamó sin más aspavientos:

—De todos los que veo aquí, el único que me gusta es Lando.

Hubo un grito de indignación:

—¡Pero si podría ser tu padre!

Se alejaron y se dispersaron repitiendo la sorprendente respuesta. Lando se rió con los demás.

Por la noche, antes de acostarse, el sabio anciano Della Volpe se llevó a su hijo aparte y, recordando el episodio, lo amonestó:

—No es un asunto de risa. Se trata de una sugerencia interesante. En dos años Dirce tendrá dieciocho años, tú treinta y siete.

—Precisamente por eso es gracioso.

—No, es una proporción excelente. Y la unión de una parte de la propiedad de los Medici con la nuestra nos convertiría en dueños del pueblo.

Lando no dio importancia al consejo. Pero a la mañana siguiente al despertar seguía rondándole la cabeza, como si hubiera estado dándole vueltas toda la noche, y le fastidió. «Es una tontería—pensó mientras empezaba a vestirse—, no hay necesidad de ese sacrificio para hacerse con el pueblo». Un poco más tarde seguía cavilando y se respondió así a alguna contradicción interior: «Claro, sacrificarse. Sería ridículo. Nunca me han gustado las chicas jóvenes. Menuda afición». Así que cuando estuvo listo salió de su habitación tarareando «Menuda afición» en distintos tonos. Durante dos días Lando no participó en la vida juvenil que se arremolinaba en la villa, sino que estuvo viajando por los pueblos vecinos para visitar a los pequeños terratenientes, hablar con los agricultores y campesinos, etcétera. La segunda de esas jornadas la ocupó casi en su totalidad un desayuno que le ofrecieron en una finca de la llanura: un desayuno pantagruélico que empezó a las once y terminó a las cinco. Regresó a casa con la cabeza totalmente embotada. Hacía muy buen tiempo, el cielo, cansado de aquel largo invierno, no quería apagarse y apenas viraba al violáceo a lo largo de la cresta de la montaña, pero por encima brillaba en toda su extensión tan luminoso como al mediodía. Lando se reunió con la cuadrilla de adolescentes en la pista de tenis. Se burlaron de él por su cara roja y sus ojos brillantes, y él los hizo reír describiéndoles la formidable comida en la que había estado. Se alejaron como un rebaño. Entre ellos estaba Nora. Al verla alejarse de ese modo, Lando recordó el consejo de su padre sobre Dirce.

«Ahí está la hermana», pensó, y se encogió de hombros. Volvió a mirar a Nora, que había reanudado el juego. «Son animalitos preciosos, es cierto, pero no son mujeres». Dio un paseo por el campo y un balón aterrizó entre sus pies. Se agachó para recogerlo y vio a Nora que se acercaba corriendo:

—Bien hecho, ha conseguido agacharse. —Y quitándole la pelota de las manos volvió a salir corriendo.

Él prosiguió con sus pensamientos: «Hoy no son mujeres, pero lo serán pronto. Esta tarde no, pero tal vez mañana por la mañana sí; todo está ahí, listo para estallar, como este botón hinchado—pensó mirando un seto de espino aún verde—que tal vez mañana por la mañana esté en flor. Es igual que ella, mírala».

Nora jugaba con ímpetu, se lanzaba, tenía una vehemencia que exaltaba todas sus formas, cuando alzaba el brazo estirando la axila despertaba torbellinos de aire alrededor de su cuerpo. «Es algo más que un aperitivo», pensó Lando, quitándose el sombrero para refrescarse la cabeza.

Cuando la luz empezó a desvanecerse dejaron de jugar y volvieron a su lado, todos querían entrar. Él pasó un brazo por debajo del de Nora y siguieron lentamente al grupo.

—Apóyese, pobrecito—dijo Nora—, ¿no ve que es una vergüenza entregarse a los placeres de la gula?

Él se detuvo un momento, sacó su brazo de debajo del de ella y se lo puso alrededor de la cintura. Nora, muy inocentemente, siguió hablando y burlándose de él. Los demás habían llegado a la sala y entraron. Lando se detuvo una vez más.

—¡Pobre!—exclamó Nora mirándolo.

Y de pronto él la abrazó con fuerza y la besó en la boca.

—¡Ah!—gritó Nora, apartándose con violencia.

Pero al instante dejó de gritar y, extendiendo las manos, lo empujó contra la pared. Parecía tan asustada que Lando recobró el sentido y la regañó:

—Dios, ¿es que ni siquiera se te puede hacer una broma? ¿Qué te pasa?

Nora se sonrojó enormemente:

—Es verdad, lo siento...

Lando concluyó:

—Vamos, vamos, que nos están esperando.

Y con gran desenvoltura la tomó bajo el brazo y entraron a reunirse con la cuadrilla.

Él se olvidó enseguida, pero esa noche Nora se quedó pensado en el asunto durante más de una hora, sola en la cama, en medio de la oscuridad, hasta que logró conciliar el sueño. Le avergonzaba haber tratado así a un buen amigo que sólo trataba de bromear un poco. No había podido darle explicaciones, no había podido hacerle entender por qué lo había hecho, no había sido capaz de decirle que en ese momento había visto de pronto los dientes blancos de

Petronio frente a su cara, que había sentido el cuerpo de Petronio sobre el suyo. No había gritado por Lando, el grito y el susto era por Petronio.

Volvió a pensar en ello al día siguiente con más calma y su serena conclusión fue: «Parezco tonta. Me acordé de todo eso porque lo hizo por sorpresa, y vi de nuevo la pared del establo, la brida y el hocico del caballo, todo. Pero ¿será una tontería, o voy a estar pensando en Petronio toda mi vida, cada vez que alguien me abrace?». La idea le hizo reír, pero luego se estremeció. «Debería saber de antemano cuando alguien quiera abrazarme. ¿Quién sabe cuándo me volverá a pasar?». Ah, Nora, qué pregunta tan peligrosa. A partir de entonces cada vez que se le acercaba alguno de los chicos pensaba: «¿Me va a hacer otra bromita?».

Un día subieron la montaña en grupo para llegar a una meseta desde la que podía verse el otro valle. En cierto momento se planteó una discusión entre Nora y un chico de su edad, que se llamaba Guido.

—Es extraño que no haya llovido durante tantos días y hayan salido setas— comentó Nora de pronto.

—¿Qué setas?—preguntó Guido—, yo no he visto ninguna.

—Sí, al pie de esa haya donde te paraste para atarte la bota.

—Pero qué dices, no eran setas, eran trozos de papel.

—Te parece que no soy capaz de distinguir una seta de un trozo de papel?

Los dos estaban convencidos de tener la razón.

—¿Quieres que volvamos a ver?

—Volvamos.

Los demás se sentaron en el borde del sendero a esperarlos mientras Nora y Guido empezaban a bajar, sin dejar de discutir.

—Apostemos—propuso Guido.

—Apostemos, ¿qué?

Guido hizo una pausa para pensar y luego dijo:

—No lo sé. Dímelo tú.

Nora también pensó un segundo y propuso:

—Si tengo razón te daré una bofetada.

—De acuerdo, ¿y si gano yo?

—Si ganas, te dejaré abrazarme.

—Perfecto—aceptó Guido satisfecho.

Llegaron al haya.

—¿Era eso de ahí?

—Sí, mira.

No eran setas, eran trozos de papel.

—Tú ganas—dijo Nora apoyándose en el tronco del haya. Guido la abrazó y hasta la besó como pudo en una mejilla—. Bueno, ya está—murmuró Nora.

Y reanudaron su ascenso para reunirse con los demás. Pero Nora se sentía incómoda. No había sentido nada en ese abrazo frustrado. Había sido muy diferente al abrazo de Petronio. Qué habría sido de Petronio. Tal vez él también estaba bromeando. Tal vez lo habían metido en la cárcel, pero cuando sales de la cárcel es difícil encontrar un trabajo. A Nora le habría gustado poder ayudarle.

(Nora era perfectamente inocente, incluso cuando hizo aquella apuesta con Guido. Dirce no lo habría hecho nunca, porque tenía más malicia: el frecuente recurso a la confesión, con todas aquellas inquietantes preguntas de los confesores, le había hecho descubrir muchas cosas).

Igual que el anciano aconsejó a su hijo que se casara con Dirce en un par de años (pero no insistió en ello), la tía de Maurizio se propuso convencer a su sobrino de que se casara con Vittoria. Las motivaciones de ese tipo de consejos en la gente experimentada tienen siempre una naturaleza inferior. Maurizio no tenía nada en contra, pero tendía a aplazarlo todo y la vida volvió a ser corriente y predecible, según su odiosa costumbre.

Cuando Dirce cumplió dieciocho años, surgió de nuevo la idea de que los Medici se trasladaran a Milán. Así que Maurizio se decidió. Después de tres o cuatro días sin dejarse ver (quizá para lograr cierta ventaja en la conversación a la que se enfrentaba), una tarde se dirigió a Coronata con un buen discurso preparado, pero al llegar le contaron que Vittoria llevaba dos días enferma. Una alternancia continua de fiebres y somnolencia la mantuvo imposibilitada durante muchas semanas, por lo que tuvo que aplazar su partida a Milán, y él su propuesta de matrimonio. Es triste y ridículo ese destino que mantiene a algunos de nuestros personajes adheridos a la Coronata, pero ya cambiará.

Vittoria pareció mejorar con el invierno.

—Los nervios le han jugado una mala pasada—sentenció el médico.

Pero en primavera volvieron las fiebres y enfermó gravemente. Se puso tan grave que el abad Clementi le dijo a su sobrina a principios de agosto:

—Carmela, estate atenta el 26 de agosto. —Me temo que no he mencionado en su momento que el abad, manteniendo las viejas tradiciones, tenía en casa a

una sobrina fea para que le sirviera de oyente abnegada, como conejillo de indias para practicar sus trucos de gran efecto—. Carmela, estate atenta el día 26. Las estrellas no se equivocan. La Gran Vieja murió el 26 de agosto, ¡y también su hijo! Ya he encontrado tres casos, sólo en la Edad Media, de familias en las que los fallecimientos o nacimientos se producían en la misma fecha. Corresponden a conjunciones cuya cadencia aún no comprendo. En la familia Medici se muere el 26 de agosto. No se te ocurra hablar de esto con nadie.

A ninguna familia de Colonna le había prestado tanta atención el diario de Clementi como a nuestros Medici. Carmela salía ahora varias veces al día para informarse, directamente a la Coronata o por otras vías, sobre la salud de Vittoria. Hacia mediados de agosto la enfermedad empeoró, el día 23 Vittoria estaba gravemente enferma, el 24, estable. El abad Clementi se paseaba por su habitación, entre sus papeles, como un general que espera noticias del frente. El día 25 llegó otro médico de la ciudad para discutir el asunto con el principal, y finalmente acordaron que había que confiar en la naturaleza. El día 26, hacia el mediodía, Vittoria empezó a delirar, y también el abad ante la noticia. Luego Vittoria se durmió.

Por la noche, sobre las diez, Carmela llevó al abad la noticia de que Vittoria se había despertado, pero parecía que ya no veía, no hablaba, estaba en su peor momento. El abad, que llevaba muchos años sin ser capaz de mantenerse despierto más allá de esa hora, se fue a la cama, cansado y dividido entre el orgullo científico y la piedad humana ante aquella desafortunada mujer a la que le quedaban como mucho dos horas de vida. A la mañana siguiente se despertó como siempre a las cinco y su primer pensamiento fue: «Bueno, ya estará muerta».

Y escribió en su diario la noticia de la muerte de Vittoria Medici, producida en el aniversario de la muerte de su suegra, el 26 de agosto de 1900, y de su marido-primo, el 26 de agosto de 1905. Dejó el comentario metafísico para más adelante y en cuanto se levantó Carmela, la envió a preguntar por el funeral.

La sobrina regresó a los veinte minutos, cansada y más muda que de costumbre, con la noticia de que durante la noche Vittoria había tenido una crisis benéfica y llevaba dos horas tranquila y sin fiebre.

La fiebre le llegó entonces al abad Clementi; el científico vencía al hombre. Tuvo que tachar la noticia, la primera tachadura en el diario de Colonna.

Vittoria volvió a su convalecencia, o mejor dicho, la alternancia entre fiebres y abatimientos comenzó de nuevo para ella. En los intervalos de calma su rostro tenía una claridad nueva, le brillaban los ojos. En una de esas ocasiones, Maurizio estaba un día sentado junto a su cama y dijo de pronto:

—Ponte bien, Vittoria, y nos casaremos.

Vittoria lo miró al principio con un asombro casi sombrío, pero luego su rostro se suavizó y respondió:

—De acuerdo, si me recupero.

—Claro que te pondrás bien. ¿Se lo decimos a las niñas ahora mismo?

Pero tampoco en esa ocasión los planes amorosos de Vittoria y Maurizio estaban destinados a cumplirse.

La última noche del año, durante uno de esos momentos de cansancio de Vittoria en que Dirce, Nora y Maurizio esperaban junto a su lecho que diera la medianoche para expresarle sus buenos deseos, de repente su rostro se inflamó:

—Me está volviendo la fiebre—dijo llevándose la mano a la cabeza, pero cuando quisieron ver lo caliente que estaba, ella gritó de pronto—: ¡Largo, largo!

Y alzándose hasta sentarse empezó a sacudir los brazos presa de un brusco delirio: se estremeció todo su cuerpo, su voz se elevó y se volvió estridente al tiempo que las palabras resultaban cada vez más ininteligibles hasta mezclarse en un relámpago de sílabas resplandecientes y confusas, y al fin cayó de espaldas sobre los cojines, poniendo fin de ese modo tanto a su delirio como a su vida.